

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 8

50 Cents.



NOVEDADES HIGIÉNICAS

PARA SEÑORA

FAJAS, CORSÉS, SOSTENEDORES,

todo de caucho marca

“MADAME X”

SERVILLETA HIGIÉNICA ABSORVENTE,
PROTECTOR Y CINTURILLA DE CAUCHO

(uso mensual)

“MADAME X”

DUCHA VAGINAL “Madame X”

y todos los artículos de señora, maternidad y puericultura, podrá adquirirlos en los siguientes establecimientos “Madame X”, servidos por señoritas:

MADRID

Travesía del Arenal, 2
(Mayor, cerca Puerta del Sol.)

BARCELONA

Paseo de Gracia, 127.

SEVILLA

San Isidoro, 1, entresuelo
(esquina Francos, 21.)

SAN SEBASTIÁN

Garibay, 22.



La correspondencia dirigirla a

“MADAME X”, Travesía del Arenal, 2, MADRID



¿LE GUSTAN
A USTED MIS OJOS?

Uso la célebre pasta

NORTEAMERICANA, núm. 55

para embellecer las pestañas.

Nada mejor para embellecer los ojos y dar realce y brillo a la mirada. En forma de pasta muy fluida, su aplicación es fácil y cómoda, no irrita ni pica a los ojos, no ennegrece el lagrimal, no destiñe al frotarse o al reír, no forma grumos.

Riza, ennegrece y alarga las pestañas.

Frasco, ptas. 3,50 en las droguerías.

DEPOSITARIO:

JOSÉ CINTO. — RUIZ, 18. MADRID

VELLO

DESAPARECE
INMEDIATAMENTE
CON EL

DEPILATORIO GVIDOR

INOFENSIVO E INODORO

ESTUCHE, 6 PESETAS

EN DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS

CONCESIONARIO: P. Suñer-Sicilia, 29. Barcelona.

“PRESA”

LA CASA DE LOS SOSTENES

GRAN CORSETERÍA

FUENCARRAL, 72. :: Teléfono M. 48-00

MADRID

Fuera canas

Sin teñirlas
ni arrancarlas

Brillantina



MARCA REGISTRADA

India

(Sin grasa)
Gran invento

Producto antiséptico completamente higiénico, compuesto de raíces indias aromáticas. Único que SIN TEÑIR, y por consiguiente sin manchar ni perjudicar nada en absoluto, devuelve en pocos días a las canas su color primitivo o hace que no salgan al se empieza a usar antes de tenerlas. Por el nuevo procedimiento de proporcionar al cabello el jugo necesario, fortificando su raíz, evitando su caída y devolviéndole el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder su color y fuerza. Este producto ha sido premiado con medalla de oro y diploma de mérito en el Congreso de Higiene, por haber comprobado que es absolutamente inofensivo y de inmejorables resultados. Exijase en la etiqueta la figura de la india, marca registrada. Precio en España, 5 pesetas frasco. De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor, José Barreira, calle Muñoz Torrero, 6, Madrid, y principales almacenes.

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL

NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Año I.—Núm. VIII.

Miércoles 14 Octubre 1925

Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28

SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :-: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.



La niña Victoria Eugenia de Lewis-Mirepoix, hija del duque y de la duquesa de Lewis-Mirepoix, que tiene el alto honor de ser ahijada de S. M. la Reina de España. Luce este adorable vestido de «lamé» de plata y esta redcilla de plata —modelos de «Worth»— en la boda de la princesa Genoveva de Orleans.

(Foto. Laure Albin Guillot.)

UNA NOCHE DELICIOSA

por
P. G. WODEHOUSE

(Conclusión.)

Dos pares de ojos le siguieron mientras trepaba como una tromba escaleras arriba.

Un par, el correspondiente a Lady Wickam, frío y duro. El otro, propiedad de Simmons, denotaba cierto descontento. Era raro que sus deberes profesionales de mayordomo le permitieran encontrar una oportunidad para abandonarse a la pasión deportiva que abrigaba desde su niñez. Tirar de higos a brevas a algún conejillo era, por entonces, toda la expansión cinegética que podía concederse.

Y Dudley era una pieza que no podía ver escaparse sin dolor.

Contuvo su ansia con un suspiro y dijo:

—Un mal bicho, Milady.

—Es listo—, tuvo que conceder Lady Wickam.

—Un arsenal de innobles artimañas, Milady —corrigió el mayordomo—. Vea Su Señoría toda esa historia del libro: ardid, pérfido ardid, si Su Señoría me consiente la expresión!

—Lo que debe usted hacer es continuar su guardia, Simmons.

—Con el mayor placer, Milady.

Dudley se sentó en la cama jadeante. No le había nunca ocurrido cosa parecida. Por un momento, su u gente menester fisiológico quedó borrado por una congoja de tipo más espiritual. Si había en el mundo algo que a Dudley le sacase de quicio ello era pasar por memo e idiota, y cada fibra de su sistema nervioso le estaba diciendo que durante la escena anterior era indubitable que se había comportado como la más perfecta creación de la memez-idiotez más acabadas. Con ojos marchitos miraba fijamente al vacío mientras revivía cada momento de la aterradora escena, y cuanto más examinaba su participación, más horror encontraba en ella. Una agonía de vergüenza le sacudió cruelmente. Se sintió como sumergido en un calor hecho de espinas.

Y encima... tímida primero, pronto y progresivamente avasalladora, el hambre comenzó otra vez su clamor.

Dudley apretó los dientes. Había que hacer algo para dominarse. El espíritu debe ser, de cuando en cuando, capaz de triunfar sobre la materia. Sin moverse, dirigió la mirada hacia el libro que había arrebatado del estante, y por primera vez en toda la noche creyó sentir el hábito benéfico de la fortuna. En una biblioteca que probablemente estaría atiborrada de las latas más horribles, había ido a topar, al primer golpe, con «*A Tramp abroad*» (1), de Mark Twain, libro que no había leído desde pequeño, pero que siempre había tenido deseos de releer. Era exactamente el libro del momento, el único amigo capaz de hacerle olvidar el torcedor angustioso de la inanición hasta que llegase el tren de la leche.

Lo abrió al azar y pegó un salto. La fortuna se había limitado a tomarle el pelo.

«*En el momento en que escribo —leía Dudley—, hace muchos meses que no he hecho una comida realmente nutritiva: pero pronto voy a hacer una: modesta, sencilla, solitaria. He escogido pocos manjares, y en el barco que precede al mío, envío a casa el menú para que cuando yo llegue me aguarde, calentita, la comida compuesta así:*»

Dudley sintióse desfallecer. Del fondo de su infancia le llegó súbito el recuerdo del momento en que por primera vez había leído lo que sigue después de esas últimas palabras.

Era cuando en el colegio se pasaba la vida víctima de un hambre canina, y de una penuria crematística que le impedía acudir con la deseable frecuencia a la tienda (2) escolar en busca de algún refrigerio, viático adecuado para el luengo caminar que le separaba de la próxima refacción. Esta circunstancia había grabado en la memoria del hambriento un párrafo que antaño le había, por eso, producido cruel tortura. Y Dudley advirtió claramente que releerlo ahora le sería, por tanto, aún más penoso. Y pensó que, por fortuna, no había ningún motivo que ahora le obligase a releerlo. En vista de lo cual se puso a releerlo sin demora.

•Rábanos. Manzanas asadas a la crema.

Ostras fritas. Ostras estofadas. Ranas.

Café americano con crema auténtica.

Mantequilla americana.

(1) Un viaje a pie por el extranjero.

(2) Los colegios ingleses tienen una especie de bar, donde los alumnos pueden comprar bollos, café, dulces, etc. (T.).

Pollo frito a la Meridional.

Biftec a la cazadora.

Patatas Saratoga.

Pollo a la parrilla estilo americano.

Dudley exhaló un lánguido gemido. Propúsose, intentó cerrar el libro, pero el libro no quiso obedecerle.

Trató de apartar sus ojos de aquella página; pero sus ojos se obstinaron en retornar a ella vagarosos y amantes cual palomas a su palomar.

Truchas de río Sierra Nevada.

Truchas de lago de Tahoe.

Cordero lechal de Nueva Orleans.

Cerveza negra del Mississippi.

Rosbif a la americana.

Pavo asado a la buenaventura.

Salsa Cranberry. Apio.

Pato salvaje asado. Chochas en salsa.

Pato relleno de Baltimore.

Gallinas silvestres del Illinois.

Perdices del Missouri a la parrilla.

Menudillos. Café.

Tocino con guisantes de Boston.

Tocino con legumbres a la Meridional».

Dudley saltó de la cama. No podía más. El precedente ensayo en busca de sustento no había sido precisamente de una felicidad y una eficacia tales como para invitarle a renovar sus esfuerzos en pareja dirección. Mas momentos hay en la vida de un hombre que suprimen toda posibilidad de considerar inconvenientes eventuales.

Se quitó los zapatos y de puntillas se lanzó al pasillo. Una silueta familiar vino a su encuentro iluminada por las luces, ahora encendidas.

—¿Qué hay? —dijo Simmons, el mayordomo, mientras apercibía su fusil a la vez que daba amoroso masaje al gatillo con el dedo impaciente.

Dudley le miró, anonadado, mientras su corazón desfallecía.

—¡Hola!..., murmuró.

—¿Qué ocurre, amiguito?

—Pues... sí..., la... hum... ¡nada!

—¡Hala, hala! ¡Al cuarto!

—Mire, amigo mayordomo —dijo Dudley saltándose desesperadamente conveniencias y exquisiteces—; lo que pasa es que me muero de hambre; pero así: que me muero: sin bromas. Así que mire: déjese de historias, váyase a la despensa o a donde sea y tráigame un «sandwich» o un par de ellos.

—¡He dicho que al cuarto y al cuarto, mala pécora! —rugió Simmons con tal intensidad, que Dudley, estupefacto, dió rápidamente media vuelta, y se metió en el cuarto dando traspiés.

Nunca en su vida había oído a un mayordomo hablar así. No había nunca imaginado que los mayordomos pudieran hablar así.

Calzóse otra vez los zapatos, y mientras se los ataba estuvo considerando atentamente tan anormal suceso.

—¿Qué significa todo esto? —se preguntaba a sí mismo—. ¿Qué diablos pasa aquí? Que la dueña de la casa hubiese oído ruido y hubiese llamado al mayordomo ordenándole que cogiese un arma y viniese en su ayuda, se comprendía. Pero ¿qué hacía semejante mastuerzo de centinela arma al brazo delante de su puerta? Después de todo, ¿no era él amigo de la señorita de la casa?

Aun estaba debatiendo entre sí tales enigmas, cuando un ruido raro, seco, un golpeteo tenue, le llamó la atención. Sonaba a intervalos irregulares y parecía proceder de la ventana.

Se sentó y escuchó. Otra vez el ruidito. Dudley acercóse con cuidado a la ventana y abrió. En aquel momento, un objeto duro y anguloso le dió en plena cara.

—¡Ay, perdón! —dijo una voz.

Dudley pegó un salto. Asomó la cabeza, y mirando hacia la dirección de donde la voz venía, descubrió que en el mismo muro donde se abría su ventana y a la izquierda de la misma había un balconcillo. En aquel balconcillo, bañado por la argéntea luz de la luna, estaba Roberta Wickam.

Tenía en la mano una larga cuerda convertida en péndulo merced a un abrochador atado en la punta.

—¡Mil y mil perdones! —dijo—, quería llamarle a usted la atención...

—¡Y lo ha conseguido! —contestó Dudley.





—Pensaba que podría usted estar durmiendo.

—¡Durmiendo! —La faz de Dudley adquirió terrible expresión de sarcasmo.—Pero ¿es que ha podido alguien dormir alguna vez en esta casa? —Se inclinó hacia fuera y bajando la voz añadió:

—Creo que ese ceporro de mayordomo se ha vuelto completamente loco.

—¿Cómo?

—Está ahí, a pie firme, delante de mi puerta, haciendo la más feroz de las guardias con una pieza de artillería gruesa al brazo. Y si asomo nada más que la cabeza, sencillamente me encañona el angelito.

—¡Ah! —dijo Bobbie recogiendo el abrochador—, sospecho que debe de tomarle a usted por un salteador.

—¿Un salteador? ¡Pero si he empezado por decirle a su madre de usted que somos amigos!

Un fenómeno de la familia del azoramiento pareció invadir el espíritu —harto poco predispuesto a azorarse— de miss Wickam.

—Sí, sí; tengo que explicarle... —dijo—. Verá usted lo que ha sucedido.

—Bueno, y a propósito: usted ¿cuándo ha llegado? —preguntó Dudley, a cuyo turbado espíritu se presentó esta pregunta de improviso.

—Hace una media hora.

—¿Cómo?

—Sí. Entré por la ventana del lavadero. Y lo primero que me topé fué a mamá en bata—. Miss Wickam se estremeció levemente ante este ingrato recuerdo.

—Usted no ha visto nunca a mamá en bata —añadió con voz cautelosa.

—¿Cómo que no la he visto? —arguyó Dudley—. Por cierto que, suponiendo que cada ciudadano deba inevitablemente arrostrar esa prueba, es positivo que con una vez basta; ¡créame usted!

—He tenido un accidente en la carretera cuando venía hacia aquí —prosiguió Miss Wickam, absorta en su relato y sin hacer gran caso de su interlocutor.

—Un imbécil que conducía un carro de paja se plantó en medio de la carretera sin apartarse a mi paso. Mi coche se hizo migas. No he podido continuar mi viaje hasta horas después, y al fin pesqué un tren que ha venido parándose en todas las estaciones.

Si fuese necesaria una prueba de la conmoción espiritual de que Dudley Finch había sido objeto aquella noche, lo sería patente que la noticia de que la muchacha había sufrido un importante accidente de automóvil no le produjo la angustia que, sin género de duda, le habría producido veinticuatro horas antes. Por el contrario, se quedó tan fresco.

—Bueno; pero cuando usted encontró a su madre, ¿no le ha dicho usted que yo soy amigo suyo?

Miss Wickam vaciló.

—Esa es precisamente la parte de mi historia que necesito explicarle a usted —dijo—. Verá usted lo que ha pasado. Empecé por tener que revelarle, tan suavemente como pude, que el coche no estaba asegurado. La noticia no pareció entusiasmarle grandemente. Y fué entonces, a continuación, cuando me habló de usted, y... Dudley, mi buen Dudley, ¿qué diablos ha hecho usted desde que ha llegado? Mamá parece tener graves quejas de su comportamiento de usted.

—He de reconocer que he traído una maleta equivocada y que por eso no he podido vestirme para cenar; pero fuera de eso, que me ahorquen si comprendo qué motivos de queja grave he podido darle.

—Pues, por lo visto, ella, desde el principio, ha tenido las más vivas sospechas sobre usted.

—¡Naturalmente! Si le hubiese usted telegrafiado, como me ofreció, anunciándole mi llegada...

Miss Wickam hizo un mohín de pesadumbre.

—¡Claro! ¡Ya me parecía a mí que se me olvidaba algo! ¡Ay, amigo Dudley, estoy desolada!

—¡No se preocupe! No vale la pena —dijo Dudley amargamente—. A lo mejor, gracias a su olvido ese beduino de mayordomo me suelta dos tiros en la cabeza; pero por lo demás no tiene importancia. ¿Decía usted que...?

—Sí, cuando encontré a mamá. Bueno; pues ya comprenderá usted, mi buen Dudley, mi excelente amigo, qué situación tan terriblemente difícil era la mía, ¿verdad? Había tenido que espetarle de buenas a primeras que el *auto* se había hecho polvo y que no estaba asegurado. Y en aquel momento, de pronto, me preguntó si era verdad que yo le había invitado a usted a venir aquí. Y precisamente en el instante en que iba a decirle que sí, se puso ella a hablar de usted tan indignada, tan furiosa, que el momento no me pareció el más oportuno. Así que cuando a renglón seguido me preguntó si era usted amigo mío, yo...

—Le dijo usted que sí...

—Bueno..., no con esas palabras precisamente.

—¿No con esas? ¿Con cuáles?

—Tiene usted que comprender que la situación exigía un tacto, unas precauciones...

—Bueno; y...

—Pues le dije que... no le he visto a usted en mi vida.

Dudley exhaló un ruido semejante al suspirar del viento en las copas de los árboles.

—Pero todo está arreglado —aseguró Miss Wickam con gesto tranquilizador.

—¡Ah, eso sí! —dijo Dudley—. ¡Ya me he dado cuenta!

—Voy ahora mismo a hablar con Simmons para convencerle de que debe dejarle a usted escapar. Así todo queda divinamente. Verá usted qué magnífico. Hay precisamente un excelente tren de la leche...

—Estoy perfectamente informado sobre el tren de la leche; muchas gracias.

—Ahora mismo voy en busca de Simmons. Ahora verá usted qué bien. No se atormenta usted, mi buen Dudley, no páse mal rato.

—¿Mal rato? ¿Yo mal rato? Pero ¿por qué? ¿Tengo acaso motivo para pasar mal rato?

Bobbie desapareció. Dudley se apartó de la ventana. A través de la puerta llegaba el rumor de un cuchicheo en el pasillo. Luego sonaron unos golpecitos en la puerta. Dudley abrió y encontró a la embajadora en el umbral. Un poco más lejos, correctamente alejado, Simmons aguardaba con el fusil en su lugar descanso.

—Dudley —susurró Miss Wickam—: ¿tiene usted ahí algún dinero?

—Algo tengo, sí.

—¿Cinco libras? Es para Simmons.

Dudley sintió rebelarse en su interior el espíritu guerrero de los Finches. La sangre le hervía en las venas.

—¿Supongo que no quiere usted decir que, después de todo lo sucedido, ese asesino tiene el desahogo de esperar que le dé una propina?

Y Dudley, por encima de la joven, lanzó una mirada de fuego al hombre del fusil, que sonrió respetuosamente. Era indudable que las explicaciones de Bobbie le habrían convencido de que habían errado al juzgar a Dudley, porque la hostilidad que poco antes había tan expresivamente mostrado no se reflejaba ahora en su actitud.

—Pues... realmente, algo hay de eso, no crea usted —dijo Bobbie—. El pobre Simmons está muy preocupado.

—¡Cuánto me alegro! —dijo Dudley, vengativo—. ¡Ojalá no vuelva a estar tranquilo mientras viva!

—Es que, ¿sabe usted?, teme que mamá se enfade con él cuando se entere de que usted se ha fugado, y no quiere que le eche de la casa.

—¡Un hombre que no quiere marcharse de esta casa tiene que ser por fuerza un animal!

—Y, claro, por si mamá se enfurece y le despide por no haber vigilado bien, quiere estar prevenido y tener algunos cuartos. Se empeñaba en que tenía usted que darle diez libras, pero he conseguido que lo rebaje a cinco. Así que déselas usted, mi buen Dudley, y podremos empezar a trabajar.

Dudley sacó un billete de cinco libras y lo miró lenta, pausadamente, con cariño y con dolor.

—Aquí están —dijo—. Que se las beba, que se emborrache, que tropiece y se caiga y se rompa el alma. ¡Amén!

—Gracias —dijo Bobbie—. Exige otra menudencia. Pero no es nada de particular, no se preocupe usted.

—¿Otra?

—Pero ya le digo que nada de particular. Es realmente una minucia. No es nada que tenga usted que hacer. No se preocupe, que no merece la pena. Ahora, lo que debe usted hacer es nudos en las sábanas.

Dudley se estremeció.

—¿Nudos? —dijo—. ¿En las sábanas?

—¡Claro! Para que pueda usted descolgarse por la ventana.

Era norma inflexible de la vida de Dudley, una vez su cabeza cepillada, brillantada y cuidadosamente peinada con arte y cuidado exquisitos, no tocarse nunca para nada ni en caso alguno el pelo; pero en aquella espantosa noche todas las normas intangibles de la vida civilizada habían zozobrado, no existían. Alzó una mano, la introdujo entre sus cabellos, y atacando el peinado irreprochable dejó tras de sí un caos de confusión espeluznada. Ningún otro gesto hubiese expresado con fuerza equivalente su consternación.

—Pero ¿habla usted en serio? ¿Pero es posible que pretendan ustedes que me deje caer por la ventana agarrándome a una ristra de sábanas? —clamó frenético.

—Temo mucho que no va a haber otro remedio. Simmons se empeña...

—Pero ¿por qué? ¡Por todas las furias del Averno! ¡Por todas las maldiciones infernales! ¡Por todos los minutos de esta noche demoníaca! ¿Quiere usted tener la grandísima amabilidad de explicarme por qué no puedo salir por la puerta como un ser humano cualquiera?

—Pues es bien fácil, hombre —razonó Miss Wickam—, ¿qué explicación quiere usted que le dé a mamá? Es necesario que mamá crea que usted se ha escapado a pesar de la vigilancia de Simmons.

En medio de su desorden mental, Dudley vislumbró cierto sentido en estas palabras. Se calló. Bobbie hizo seña a Simmons de que entrase. El dinero cambió de manos. El mayordomo entró en el cuarto afablemente y se dispuso a colaborar en los preparativos.

—Quizá convenga que el señor se sirva apretar algo más los nudos —apuntó obsequiosamente lanzando una mirada crítica sobre



los que Dudley hacía—. Hay que evitar a todo trance que pueda algún nudo desatarse y pueda caerse el señor y matarse el señor, ¡je, je!...

—¿Ha dicho usted je, je? —dijo Dudley con voz de ultratumba.

—Tal vez osé...

—¡¡Pues no ose repetirlo!!

—Entendido, señor.

El mayordomo se acercó a la ventana y miró hacia abajo.

—Temo —dijo— que las sábanas no lleguen hasta el suelo. Me parece que tendrá el señor que dejarse caer desde cierta altura.

—No importa, —interrumpió vivamente Bobbie: va usted a caer en el lecho de flores más precioso, más blando y más mullido que se puede soñar.

Apenas habían trascurrido unos minutos cuando el «fugitivo» llegaba a la punta extrema de la ristra de sábanas. Digno final de la jornada, se le ofrecía aquella nueva ocasión de ejercitar sus nervios con una emoción en cierto modo semejante a la de un aeronauta que, luego de arrojar al espacio, advierte cómo el paracaídas se niega a desplegarse. Dejose, pues, caer, y hubo entonces de descubrir que en la descripción que Miss Wickam hiciera del terreno, existía un error manifiesto.

El precioso, blando y mullido lecho de flores de que ella había hablado con tan bello entusiasmo juvenil, estaba allí, en efecto; pero lo que ella había omitido mencionar era que en toda la superficie del susodicho lecho, y a intervalos regulares, había plantados grandes y fuertes arbustos, duros como piedras y, además, con espinas. En uno de ellos cayó Dudley, como estrella cobrada por fa-

poco antes de las siete de la mañana, y luego de aplacar su hambre devoradora con copiosa refacción, se había acurrucado bajo las sábanas entre leves quejidos lastimeros. Al abrir los ojos comprobó que en su reloj eran cerca de las cinco de la tarde.

—¡Al habla! —gruñó.

—¿Dudley?

Era una voz que veinticuatro horas antes hubiera producido gritos y vivos cosquilleos en la espina dorsal del interesado. Veinticuatro horas antes el oír aquella voz en su teléfono le hubiera hecho prorrumpir en jubilosos gritos de transporte. El corazón que cubría aquel sedoso e irisado pyjama estaba muerto.

—Sí —dijo desabridamente.

—¡Hola, hombre! —dijo mimosamente Miss Wickam. ¿Qué tal? ¿Se encuentra usted bien?

—Hasta cierto punto —respondió Mr. Finch, glacial—. Hasta donde puede estarlo un hombre a quien en una noche se le ha llenado de canas la cabeza; hasta donde puede estarlo un hombre que, muriéndose de hambre, ha tenido que tirarse desde una ventana a un zarzal con espinas de diez centímetros; hasta donde puede estarlo un hombre martirizado, insultado y, al fin, obsequiado con una perdonada en la pantorrilla...

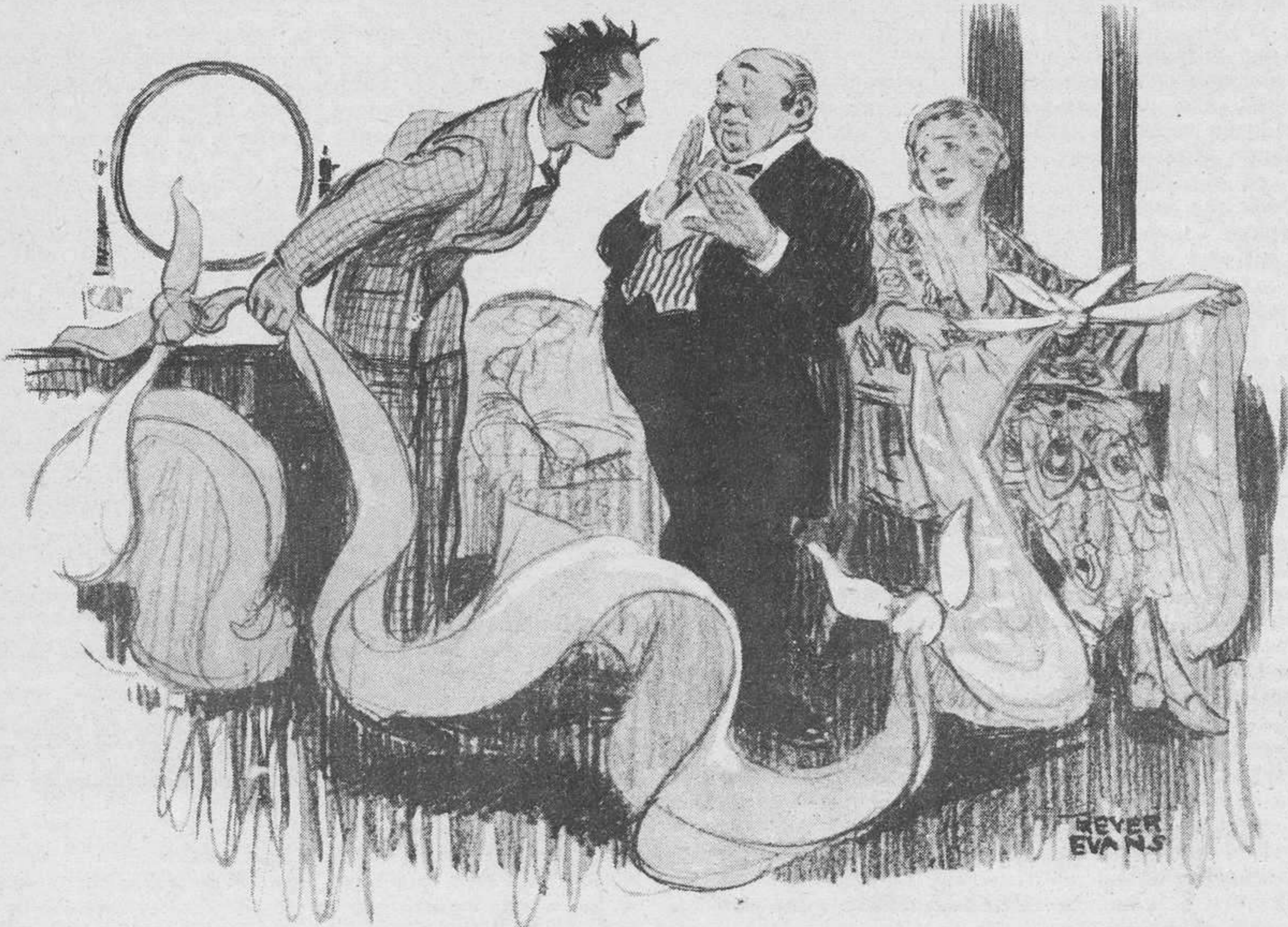
Una exclamación cortó el hilo de su elocuencia.

—¡No! Pero, ¿es posible? ¿Pero le dió el tiro?

—Me dió el tiro.

—¡Pero si me prometió que no le apuntaría!

—Bueno: pues otra vez que tengan ustedes una tirada de invita-



buloso cazador; en uno de ellos se encontró enredado. Por cierto que él no había supuesto nunca que nada —como no fuese la planta del cactus— pudiera tener juntas tantas y tan terribles espinas.

Cuando con mil apuros logró salir de tal maraña, quedó un instante inmóvil, en callado soliloquio, a la luz de la luna. Una cabeza asomaba arriba, en la ventana.

—¿El señor ha llegado bien? —inquirió la voz de Simmons.

Dudley no contestó. Con tanta dignidad como le es dado reunir a un hombre que acaba de recibir varios cientos de pinchazos en otras tantas regiones anatómicas, echó a andar gravemente. Acababa de entrar en el camino y marchaba cojeando hacia la puerta que conducía a la carretera que conducía a la estación que conducía al tren de la leche que había de conducirle a Londres, cuando el silencio de la noche fué roto por un disparo de arma de fuego. Algo infinitamente más doloroso que todas las espinas que acababan de agujerearle hirió la pantorrilla izquierda de Dudley. Aquel algo parecía estar incandescente. Sus efectos sobre Dudley fueron prodigiosos. Un momento antes Dudley caminaba penosamente, cojo, derrengado, abatido, maltrecho. De pronto pareció recibir eléctricamente una infusión de energía potentísima. Lanzando un feroz aullido, batió el record del salto de anchura sin carrerilla. A seguida partió en forma impecable a batir el record del kilómetro lanzado (profesionales).

A la cabecera de la cama de Dudley, el teléfono llamó un rato antes de lograr despertarlo. Al llegar a su casa de Jermyn Street,

dos, recomíndele que apunte con igual esmero, y tendrá muchas probabilidades de ganar una copa.

—¡Qué fastidio! ¿Qué podría hacer para satisfacerle...?

—Como no sea traerme en una bandeja la cabeza de ese canibal, no se me ocurre nada. Gracias.

—Se empeñó en que tenía que soltar un tiro. Era la otra condición que le dije a usted que había puesto. ¿Se acuerda?

—Me acuerdo. La menudencia insignificante que no debía preocuparme.

—Era para que mamá no pudiese decir nada.

—Confío en que su mamá de usted estará plenamente satisfecha —dijo Dudley con perfecta cortesía.

—Dudley: bien quisiera demostrarle... De buena gana iría a cuidarle a usted; pero la historia del auto me ha hecho caer en desgracia y no me dejan ir a Londres. Estamos en plenas hostilidades. Pero esto pasa pronto. Quizá el sábado que viene pueda ir. ¿Quiere usted que vaya?

—Muy bien. Venga usted —dijo Dudley cordialmente.

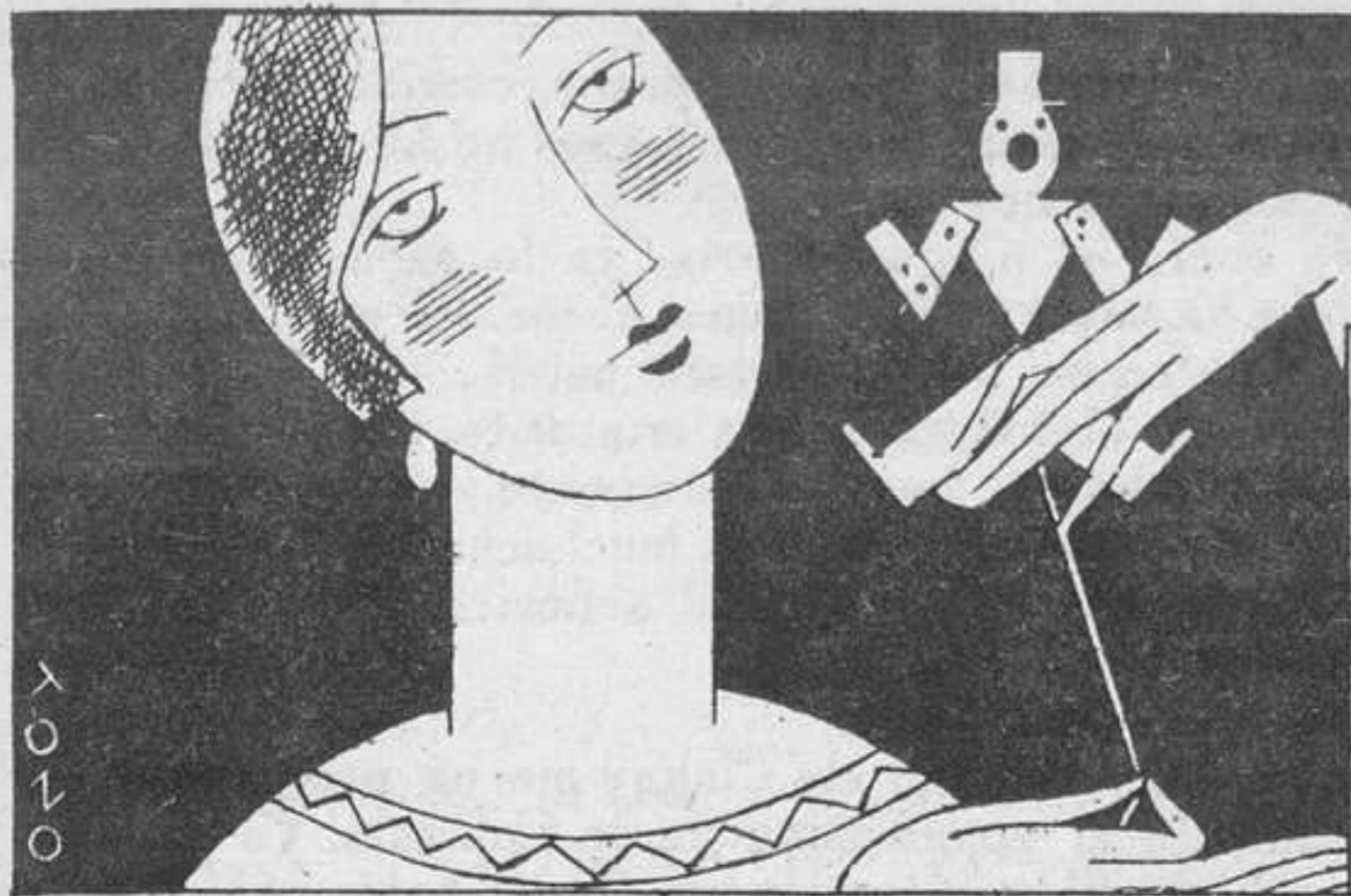
—¡Magnífico! El sábado es 17. Procuraré estar en Londres lo más tarde a mediodía. ¿Dónde nos reunimos?

—¿Reunirnos? No va a ser fácil. El 17 a mediodía habré tomado el tole para Australia. ¡Vaya, buenas tardes!

Colgó el teléfono, se arrebujó en la cama y dió rienda suelta a sus grandiosos pensamientos.

FIN

(Trad. del inglés por RAFAEL CALLEJA.)



MONINA

NOVELA

POR

GYP

(Continuación.)

—Mira —le dijo—, como tú no estás, los primos no se han detenido mucho en el salón.

Dionisia iba a salirles al encuentro. Pero Pedro, bruscamente, la detuvo:

—¡No; te lo ruego! Si te ven no nos los quitaremos ya de encima. No podré seguir a solas contigo. ¡Con las ganas que tengo de estar contigo un instante, sin el señor Giraud! Siempre me va pisando los talones... sobre todo cuando voy a tu lado.

Monina miró atentamente a los dos hombres que se acercaban sin verla, muy entretenidos. Entre sus párpados, algo abultados, se deslizaba el tenue reflejo que daba a veces tan singular agudeza a su mirada, velada habitualmente. Y entrando en la cuadra respondió:

—¡Seal... Entraremos sin ellos la hierba a Patatrás.

El señor de Rueille marchaba con la vista fija en la arena del paseo. Al oír abrirse la puerta, levantó la cabeza Juan de Blaye; indicándole la cuadra le dijo:

—Mira..., he ahí el motivo del disgusto que noto en todas tus palabras, de esa especie de animosidad que sientes contra mí.

Afectando bromear, Rueille respondió:

—¿De veras? ¿Y es...?

—¡Caramba, Monina! ¡Ah, no me digas que no! ¿Crees tú que no he seguido hora por hora lo que pasaba dentro de ti?

—¡Ha debido de ser muy interesante!

—No bromees, que no tienes gana. Yo he sorprendido el momento en que ha empezado inconscientemente tu admiración por Monina, mayor de la que fuera justa hacia una primita a quien se quiere bien. Fué la noche del gran premio, en casa del tío Alejo, cuando ella cantó. ¿No dices nada?

—Te escucho. Sigue:

—Cuando nos hemos reunido todos en Bracieux, sin separarnos; cuando has vivido todos los minutos de largos días al lado de Monina, tu... admiración, llamémosla así, ha aumentado, naturalmente. Y desde ayer, después de vuestro viaje a Puente de Loire, esa admiración ha llegado a su período agudo. ¿No es verdad?

—Pues bien: sí lo es.

—No me extraña. Pero explícame una cosa; una cosa que me sorprende...

—¿Qué es ello?

—¿Por qué es a mí a quien parece que guardas más rencor? ¿Por qué a mí y no a tu cuñado, o al pequeño La Balue, o al pasante de Pedrito o a Pedrito mismo?

—¡Por Dios santol... Enrique es casi de la edad de Monina. Se han criado juntos, y ella le considera como un hermano, exactamente. La Balue es grotesco. El profesor, un pobre diablo, no hay que tomarlo en cuenta. Y Pedrito, un zángano. En cambio, tú...

—¿Yo, qué?...

—¡Tú!... Tú eres de los que se hacen querer. Y lo sabes. Y yo lo veo..., siento..., adivino que a ti es a quien amaré Monina.

—¡A mil... ¡Quita allá! No se digna otorgarme la más ligera atención. Yo no soy para ella más que el señor que la doma el caballo, la pasea en lancha o la hace coplas para sus funciones.

De todos modos, tú existes siempre, más que los demás.

Porque así se te figura. Encuentras grotesco a La Balue, pero no todos son de tu opinión. En cuanto a Giraud, es delicioso.

—Sí; pero es Giraud.

—¿Y qué? ¿Qué importa eso?

—¡Mucho! Es decir, nada para ciertas mujeres. Todo para otra. Monina es de las otras.

—¡Bah!... ¡Qué sabes tú!

—La estudio desde hace mucho tiempo, sin darlo a entender.

—La estudias, pero no la conoces.

—¡Quizás!

—Entre tantos enamorados, yo que ella elegiría...

—Eso se canta en las *Bodas de Juanita*.

—No me impedirás que termine. Entre tantos enamorados, si tuviera que escoger, me quedaría seguramente con Giraud.

—Una mujer elegiría a Giraud, porque es buen mozo. ¿Pero una joven? Una joven que no conoce, en cuestión de enlaces de amor más que el verdadero, el que se celebra en la iglesia, esa no le escogerá nunca. ¡Nunca!

—¿De modo que Giraud no te inspira rencor porque, según tú, no entra en cuenta, y por tanto, no es de temer?

—¡Precisamente!

—¿Y crees que yo lo soy, pobre amigo? ¿Crees tú que yo soy un buen partido, que con mis cuatrocientos mil francos puedo intentar hacer la felicidad de Monina? Pero, ¿no lo ves? Eso sería el pisito de tres mil, el quinqué de petróleo, la estufa de carbón... ¡delicioso!

—Sin embargo, tú la amas.

—Permíteme. Yo no te he dicho que ame a Monina. No lo sé. Todo lo que sé es que la deseo apasionadamente, y que no pudiendo casarme con ella soy muy desgraciado.

—¿Y crees tú que ella no te quiere?

—¡Ni remotamente! Lo que menos se le ha ocurrido es corresponderme. «Buenos días... Buenas noches... ¡Hermoso tiempo!...» Tal es el palpitante diálogo que se renueva todos los días entre nosotros. Como ves, te has equivocado guardándome rencor.

—Dispénsame, Juan; pero he creído verdaderamente que eras tú su gran favorito.

El señor de Rueille se interrumpió, escuchando.

—¡Calla!... —dijo—. ¡Ahí la tienes!

Monina salía de la cuadra seguida de Pedrito. Acercóse amablemente a los dos hombres, y observando su aspecto tranquilo y risueño preguntó:

¿Qué les pasa a ustedes dos? Los encuentro muy reservados.

V

Monina arreglaba en el comedor las flores para la comida, mientras en la antecocina la servidumbre frotaba las fuentes de plata, que relucían con grandes destellos. El mayordomo dijo a uno de los lacayos:

—Ya te puedes poner el frac, que por la avenida se aproxima un carruaje. Te da tiempo, porque viene al paso y aún está lejos.

—¿De quién es ese coche? —dijo el lacayo asomándose a la ventana—. No le conozco, y está estupendamente enganchado.

—¿Será, quizás, del dueño de la Noriniera, del señor conde de Clagny?

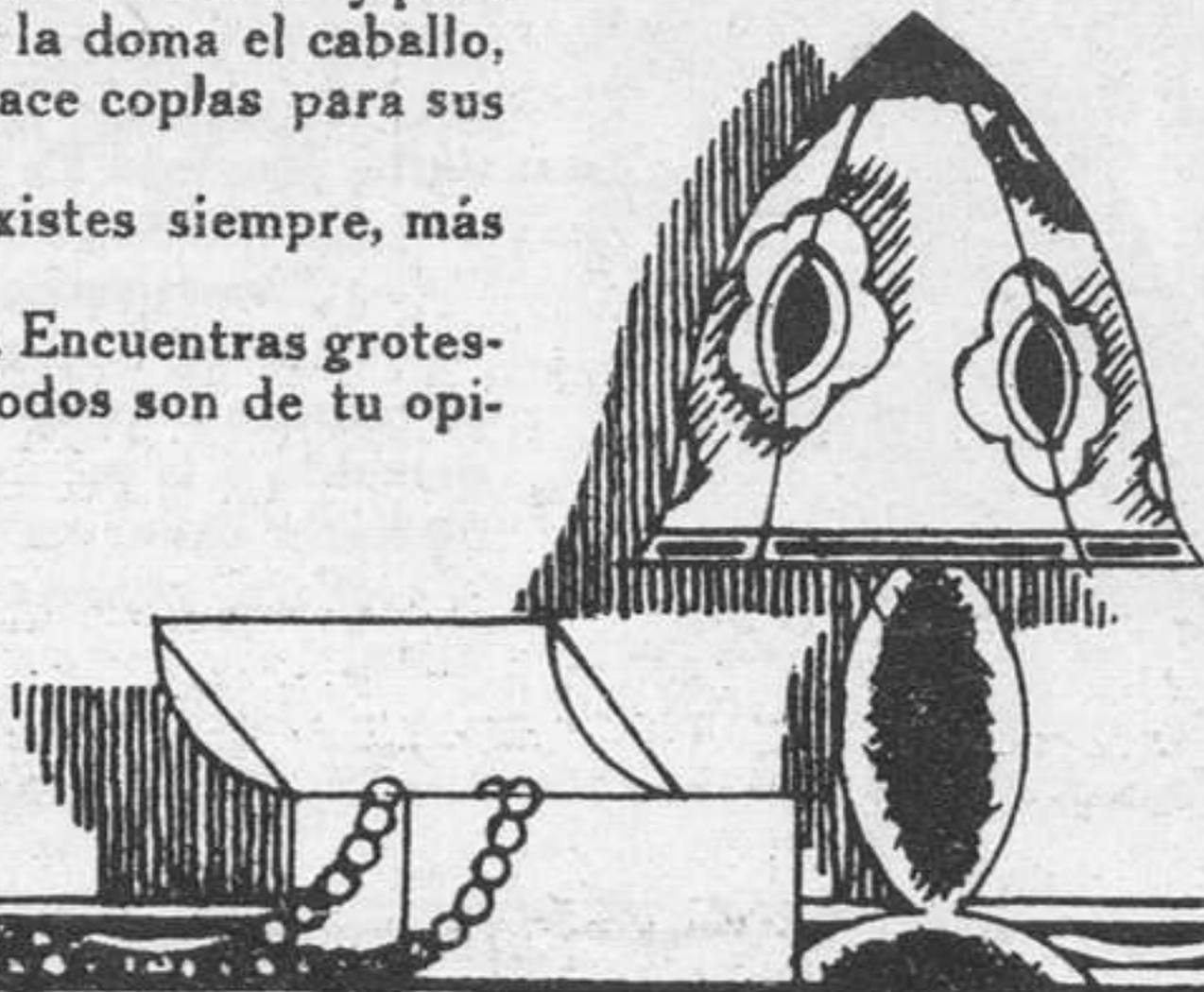
—¡Diablo!... ¡Vaya un tren majo!

—¿Tiene rentas?

—¡Un horror!... Por las cuatrocientas mil...

—¿Luego tú le conoces?

—Mi mujer ha estado de pinche en su casa antes de ser mi mujer. Un buen amo. Siempre amable, y que no repara en dos cuartos más o menos. ¡Echa a correr si no quieres que llegue a la escalinata antes que tú!



Hacia un instante, Monina, falta de flores, había salido corriendo, y, atravesando de un salto la avenida, se metió en un gran macizo de rosas, que se puso a cortar despiadadamente. Tan entretenida estaba que no oyó entrar el carruaje en la avenida que rodeaba el césped, ni tampoco advirtió que se detenía ante la escalinata.

Cuando levantó la cabeza encontró ante sí, de pie, a dos pasos de ella, a un gran señor que la contemplaba extasiado. Y es que Monina, con su vestido de tela a anchas rayas rosa y su delantal de peto, guarnecido de encaje, estaba verdaderamente bonita, y digna de ser contemplada, talando a manos llenas en medio de las flores.

Al verse así mirada, su cutis rosa de te se tiñó de un matiz más vivo, mientras ella permanecía sobrecogida y turbada ante un señor que continuaba la contemplación en silencio.

Era un hombre de cincuenta y cinco a sesenta años, alto, esbelto, distinguido, elegante y de aspecto juvenil. Su rostro, inteligente y fino, era también joven de expresión, aunque algo triste. Como Monina, siempre inmóvil, parecía vacilante e inquieta, se acercó, y saludando le dijo con voz agradable.

—Señorita, dispéñeme. ¿No es usted Dionisia de Courtaix?

Monina dirigió su cándida mirada a los ojos curiosamente fijos en ella y respondió risueña:

—Sí... ¿Y usted?... ¿el señor de Clagny, verdad?

—¿Cómo lo sabe usted?

Saltó Dionisia del macizo al paseo, feliz y descuidada, sin responder directamente a la pregunta.

—¡Oh, qué contenta se va a poner la abuela cuando le vea! Y tío Alejo también. Desde que se ha sabido que volvía a vivir aquí, no se habla más que de usted. ¡Vamos deprisa a ver a mi abuela!

Y pasó delante de él, flexible y ondulante, atravesando los amplios salones, con aquel pasito breve, que era uno de sus mayores encantos.

—La marquesa no se hallaba en el salón, como de costumbre. Monina tocó el timbre y dió orden de advertirla. Luego se plantó frente al señor de Clagny, y, examinándole atentamente, le dijo:

—Razón tenía Pablo de Rueille al decirme que le había visto yo a usted en tiempos; ¡le reconozco!

Profundizó más su mirada en los ojos del conde y repitió pensativa:

—¡Le conozco muy bien!

—Pues yo —repuso él— le confieso con toda sinceridad que si la hubiese encontrado fuera de Bracieux no la habría conocido; ¡está usted tan crecida, y, sobre todo, tan hermosa!... Fuera de sus ojos que conservan su lindo verde oscuro, no queda en usted nada de la niña de otros tiempos.

—Me queda el nombre que usted le dió.

—¡El nombre!, ¿qué nombre?

—Monina. ¿No se acuerda usted ya? Dicen que era usted quien me lo puso.

—¡Es verdad! Usted fué para mí una cosita frágil, adorable y rara; una joya exquisita y monina. ¿De modo que la siguen llamando así? Pues le va muy bien.

—A mí me parece que no. Temo que resulte ridículo llamarme aún Monina a los veintiún años; pues ya tengo veintiún años, señor.

—¿De veras?

—Tan de veras. Dentro de cuatro años estaré vistiendo imágenes.

El conde miró a Monina con un asombro que no trataba de disimular y respondió convencido.

—¿Usted?... ¡Imposible!

La señora de Bracieux entraba, tendidas las manos, radiante.

—¡Qué contenta estoy de volverle a ver!...

Como Dionisia hiciese intención de salir, la detuvo, diciendo a Clagny, aún maravillado:

Ya veo que Monina se ha presentado ella sola. ¿Qué tal encuentra usted a mi nieta?

Y sin darle tiempo a contestar añadió:

—Sigue siendo la Monina que admiró usted en otros tiempos; una joyita, de verdad, no de doble, como dicen mis nietos.

—La señorita Dionisia es encantadora.

—Dionisia —a quien usted me hará el favor de no llamar «señorita»— es una excelente muchacha, obediente, cariñosa, que anima con su alegría mi vieja casa, tan triste antes de estar ella a mi lado.

—¿Y en qué consiste que yo no haya visto nunca a la señorita Dionisia?...

—¡Señorita! ¿Otra vez?

—Que no haya visto nunca a Monina en París, yo tan asiduo en visitar a usted.

Porque llega usted muy temprano, cuando ella no está. Y porque desde hace diez y seis años no ha querido usted nunca comer con nosotros.

—No como en ninguna parte, ya lo sabe usted. Pero nunca me ha hablado de Monina, ni me dió noticias suyas.

—Porque no me ha preguntado usted...

—Me había olvidado de esta criaturita, apenas entrevista. Y, sin embargo, hace un momento, al ver surgir del macizo de rosas a una deliciosa muchacha, no he tenido la menor vacilación; ¿no es verdad, señorita?

Y rectificándose, riendo.

—¿No es así, Monina?

—Es verdad; el señor de Clagny me ha preguntado inmediatamente si yo era Dionisia de Courtaix. Yo también comprendí, desde luego, quién era. Tanto había oído hablar de él, que me le imaginaba, y... es chocante...

Se interrumpió, miró detenidamente al conde y agregó por último:

—Me le imaginaba tal cual es en realidad.

Clagny replicó con algo de tristeza jovial:

—Un señor muy viejo.

Monina contestó sincera:

—¡No!... un señor muy guapo.

Luego, de pronto:

—¡Y tío Alejo sin venir! Aunque se toque la campana a dos manos no aparece. ¡Voy a buscarle!

Al salir corriendo, la marquesa la llamó:

—Espera un instante, que ponga un cubierto más. ¿Come usted con nosotros, Clagny?

—Sí..., si no hay nadie.

—Precisamente tengo convidados... amigos de usted...

—Soy un viejo oso que no come ni con sus amigos. Y menos con esta ropa.

—Está muy bien la ropa. Además, aún tengo tiempo de mandar a la Noriniera por su frac, si usted quiere.

Monina se acercó mimosa:

—¡Usted se queda!... ¿Y sabe lo que sería mejor?... Quedarse así, sin frac.

—¿Por qué insistes, Monina, si no le gusta comer sin vestirse? —preguntó la marquesa.

—Porque, abuela, si el señor de Clagny come sin vestirse de etiqueta, el señor Giraud podrá estar también con nosotros, mientras que de otro modo comerá solo en su cuarto.

—¿Qué nos cuentas?

—Muy sencillo. Que el señor Giraud no tiene frac. Lo he sabido por casualidad. Y acaba de decirle a Bautista que está enfermo y que hoy no saldrá de su cuarto. Así que si el señor de Clagny quisiera quedarse como está, ¿comprende usted?, él podría... también...

—Eres muy buena, Monina —dijo la señora de Bracieux, conmovida—. Piensas en todos, no te ocupas más que de complacer a cada cual.

Dionisia no la escuchaba. Esperaba el consentimiento del conde. Al fin éste preguntó.

—¿La complacerá a usted mucho que el señor Giraud coma en la mesa?

—Sí...

—Pues será como usted desea. Y ahora, dígame: ¿quién es ese señor a quien no conozco, y para favorecer al cual he de pasar por mal educado?

—Es el profesor de Pedrito.

—¡Ya! ¿Y quién es Pedrito?

—El hijo de Alejo —explicó riendo la señora de Bracieux.

—¿De modo que el dios a quien se me sacrifica es el señor Giraud, maestro de Pedrito de Jonzac..., honrado con la protección de la señorita Monina...? Muchas gracias. Me gusta enterarme.

—Pero —dijo Dionisia, muy encarnada— yo no protejo para nada al señor Giraud... Yo...

—¡No se disculpe usted! Ya sé yo qué papel es el que desempeña un pobre maestro... sin frac... en la vida de una encantadora señorita como usted... Un papel de sacrificado. Representa muy exactamente lo que se dice «un señor sin importancia».

—No sabe usted —dijo la marquesa, en cuanto Dionisia salió— todo lo buena que es esta niña. A ese joven por quien se interesa, que es muy simpático, le trata de la misma manera que a los más elegantes, a los más «estimados». Es una perla, Monina. Ya lo verá usted.

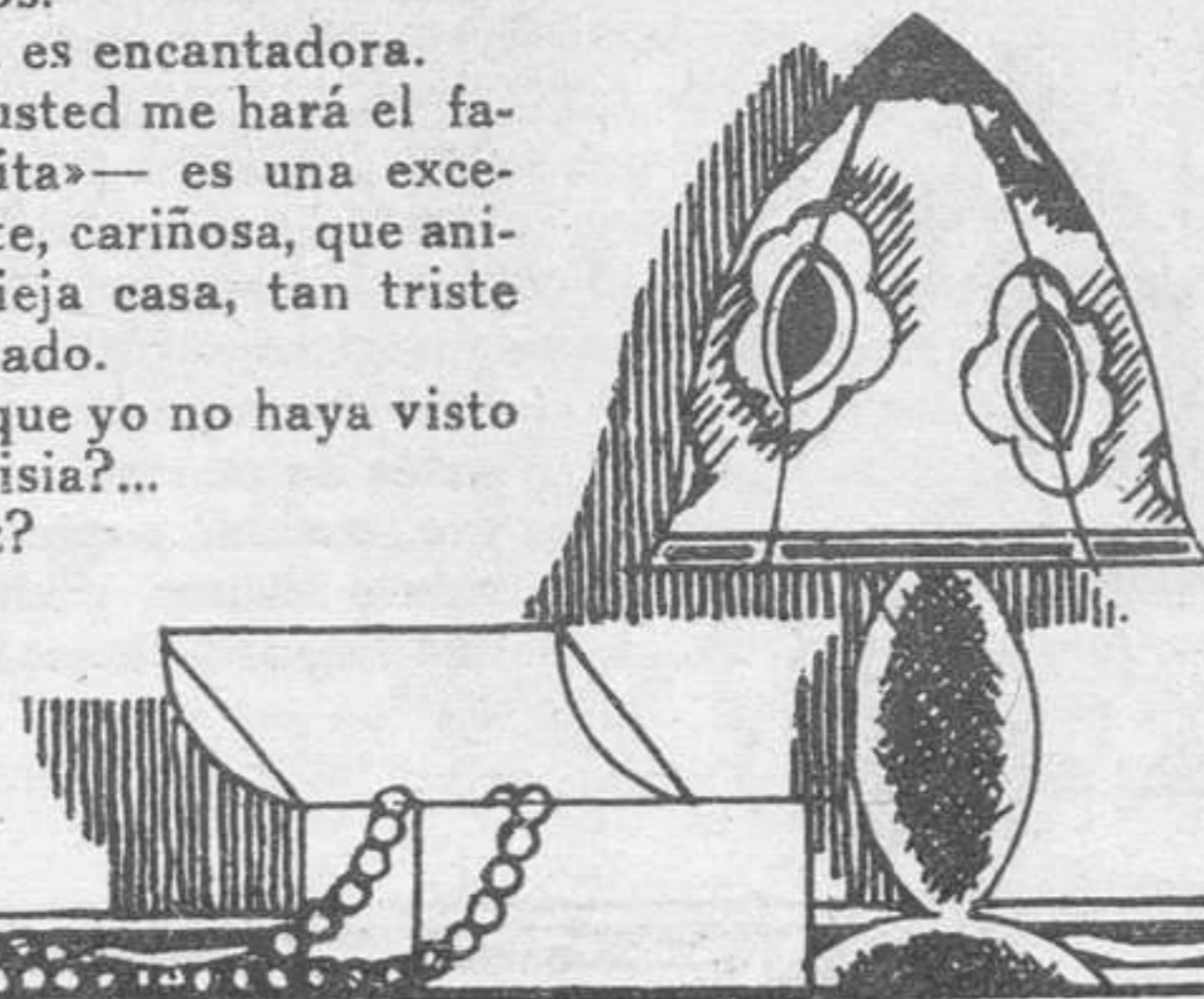
—Quizás lo vea demasiado.

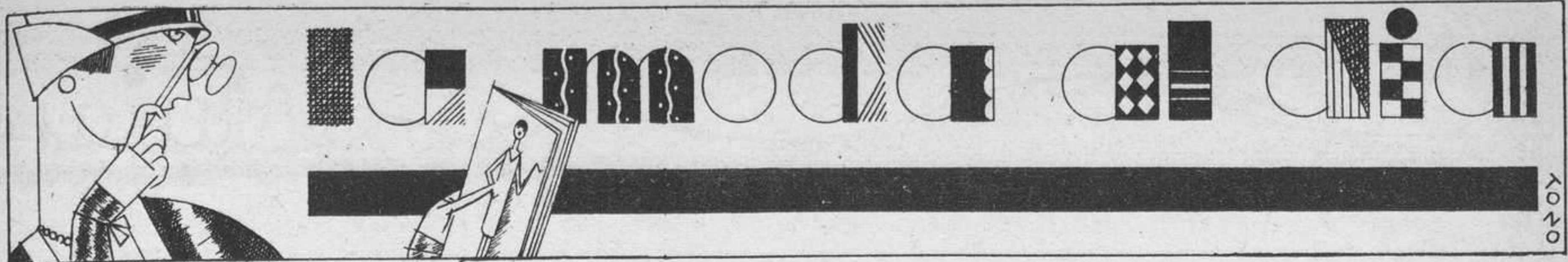
—¿Cómo demasiado?

—¡Ah, sí! Soy un aturdido. ¿Sabe usted? Mi corazón es un viejo imbécil, que toca a generala a la menor alarma, y al que no puedo hacer callar en seguida.

—¡Pero, pobre amigo mío, si Monina es mi nieta!

(Continuará en el número próximo.)





Sección compuesta y redactada en París bajo la
 dirección de Madame Martine Renier
 redactora Jefe de la Moda
 en FEMINA de
 París

Crónica

LA Suntuosidad EN EL GRAN MUNDO Y EN LA MODA



A hemos llegado a este interesante período de la moda, al que yo llamo período de la «moda vista». Las siluetas que pasan por la calle tienen ya otra línea. En las reuniones elegantes, vemos los modelos que las mujeres han elegido en las colecciones de los modistas, y, a cada momento, un nuevo detalle nos sorprende como una nueva demostración de ingenio de esos artifices de la moda, creadores de lindos *bibelots* incesantemente renovados.

Los mismos modistas se dan cuenta de ello. Tras la confusión —si así puede decirse— del primer momento, es cuando distinguen mejor la verdadera orientación de su éxito, y, por los primeros trajes que hayan sido escogidos en sus colecciones, saben cuál será la voluntad de la parisina, voluntad que, dígame lo que se diga, es todopoderosa.

Estos días pasados, me ha sido dado asistir a una cacería sumamente elegante, en la finca de una de nuestras jóvenes duquesas, en quien se unen la gracia y la elegancia, y que, deportiva si las hay, es una cazadora intrépida.



Ya el desayuno, antes de la partida, constituyó por sí solo un espectáculo encantador. Se sirvió en un modernísimo comedor de reducidas dimensiones. Todos los comensales femeninos vestían trajes de cuero. Al pronto, nos sorprendió algo a todas la elegancia de la señora de la casa, que llevaba un vestido de *crepe Georgette* encarnado, bordado con lentejuelas de cuero; pero, después del desayuno, se quitó sencillamente esta túnica que ocultaba un *foureaux* de cuero encarnado, flexible y brillante, con el bajo «en forma» para facilitar la soltura de los andares. Un abrigo medio largo del mismo cuero, adornado y forrado de piel de gacela, y un sombrerito, en armonía con el traje, completaban este conjunto adorable. Bajo la falda de cuero, llevaba una pequeña *culotte* de *kasha* del mismo color; las medias de *sport* eran de lana cuadrículada, encarnada y gris, y

DCEILLET

Un traje que parece una levita «evasée»; es de «kasha» encarnado, sobre un chaleco y un viso de raso negro; un ligero bordado en plata y negro, adorna los bolsillos figurados y las mangas.



PREMET

Precioso modelo de «charmeuse» negra con incrustaciones del mismo tejido, pero empleado por la otra cara, o sea mate. El chalequito y el cuello, de muselina blanca, van ligeramente bordados en oro, así como también los puños que son de terciopelo cereza.

CHARLOTTE

Este vestido tableado conviene a todas las siluetas y, principalmente, a las mujeres demasiado bajas para llevar canelones. Es de crespón de China, color hoja seca; las solapas, tableadas, tienen una grata originalidad.

las botas altas tenían por delante una abertura con cordones, como las de los aviadores.

La hermana de la duquesa, la bella baronesa de D..., llevaba una falda de cuero verde oscuro, y un chandail de fino jersey, con cuello alto, abrochado por delante. Su casaque de cuero, iba forrada de kasha cuadriculado, verde y negro. Llevaba altas polainas de cocodrilo, con zapatos de la misma piel. Estaba elegantísima.

¡Qué transformación se operó para la cena! La bella duquesa llevaba un vestido de panne blanca, enteramente bordado de plata y de perlas, con un estrecho zócalo de terciopelo negro festoneado, en su parte inferior. El vestido de su hermana consistía en una falda de tul negro, con gruesas motas de oro, y un jumper sin mangas en cuadriculado de oro, sujeto por un cinturón de ante negro. Este conjunto resultaba muy elegante, sin ser de gran gala, y, gracias a una indiscreción, nos hemos enterado de que este vestido llevaba la firma de Goupy.



WORTH

El terciopelo ha conquistado definitivamente su puesto y, en encarnado, aparece en todas las colecciones. Este traje, de mucho vestir, es de terciopelo encarnado y va fruncido al talle, que está colocado bastante alto; un zócalo de piel de cordero va incrustado en la amplia falda, bordeándola; el cuello vuelto y los puños de las anchísimas mangas, llevan adornos de la misma piel de cordero.



Entre las invitadas, he advertido un vestido de terciopelo color de frambuesa, especie de «princesa en forma», ribeteado en su parte inferior con grandes flores de *bouillonés* de terciopelo encarnado y *tissú* de plata; otro vestido de terciopelo negro, ribeteado y bordado de armiño, con una gruesa flor de armiño en el escote sobre un hombro; y, en fin, un vestido de *lamé* de oro con dibujos cubistas bordados, formados por picos de terciopelo gris, beige y negro. Estos dibujos, ribeteaban la falda «en forma», subían por delante hasta media falda y, por detrás, formaban una ancha lista hasta el escote. Este vestido ha causado una gran sensación en aquel medio elegante; pero es evidente que no es fácil de llevar. Para permitirse semejantes maravillosas fantasías, hay que poder cambiarse de *toilette* con harta frecuencia.

Algunos *bibelots* me han llamado la atención: un abanico de plumas-cuchillos, doradas y enceradas; otro, de plumas de *paradis*, color de fuego, con una montura de concha



DOUCET

Volveremos a ver este invierno abrigos «de vestir», ya que hemos resuelto «vestirnos» de veras. Este modelo es de raso negro, con un «panneau» en forma, que coloca el vuelo en la espalda. El cuello es de liebre «beige».

REDFERN

Vestido de «lamé» de oro y blanco, adornado con gaiones de oro; la disposición de estos gaiones coloca la línea del talle a más altura que la cintura del vestido. Es una graciosa transición entre dos tendencias.



WORTH

Otro traje de terciopelo, de mucho vestir, dado su color, y más indicado para el te que para un almuerzo. Es de terciopelo «violeta de Parma», y, merced a un corte de insuperable maestría, se ensancha hacia abajo, formando tablas; el zócalo es de rizado de cinta de terciopelo, del mismo color que el vestido.



WORTH

Encontramos, en todas las colecciones, la graciosísima idea del vestido de corte muy sencillo y de tejido muy rico; este modelo es de «lamé», negro y plata; un grupo de pliegues coloca el vuelo a un solo lado.

clara; un bolso de mano, de perlas finas, con una inicial y una corona de onix; por último, unos zapatos de lamé de oro o de plata con un estrecho ribete de pedrerías, del mismo color que el vestido. No creo que pueda hallarse más lujo en una reunión de una treintena de personas.

Además, todo permite presagiar una temporada de mucha elegancia, y cada día parece que se busca un nuevo refinamiento, una riqueza mayor. Por mi parte, me quedo en perpetuo éxtasis ante los abrigos de noche que se hacen, suntuosísimos, para destronar los abrigos de piel. En efecto: se ha extendido, entre las mujeres a la moda, la costumbre de entrar en el tea-

tro, en el *dancing* o en el *restaurant* de noche, con el abrigo puesto sobre el vestido escotado. Es un nuevo pretexto para refinamientos vestuarios, que no podía por menos de alegrarnos. Pero he aquí que, al imponerse el furor de los abrigos de *vison*, ya no se veían por la noche más que capas o gruesos abrigos de piel, admirables y cálidos, pero de una terrible banalidad. Para remediar este estado de cosas se ha adoptado el mejor medio: se hacen abrigos de noche tan maravillosamente deslumbradores que, por fin, la capa de *vison* se ha visto relegada al lugar que le corresponde: los tes y las visitas de tarde.

Sobre las capas de oro y de plata, aparecen bordados preciosos; por ejemplo, en la plata he visto incrustaciones de armiño, subrayadas de negro, anchas listas en tonos *degradés*, del negro al gris y al violeta, flores de terciopelo negro, labradas con coral; ¿qué

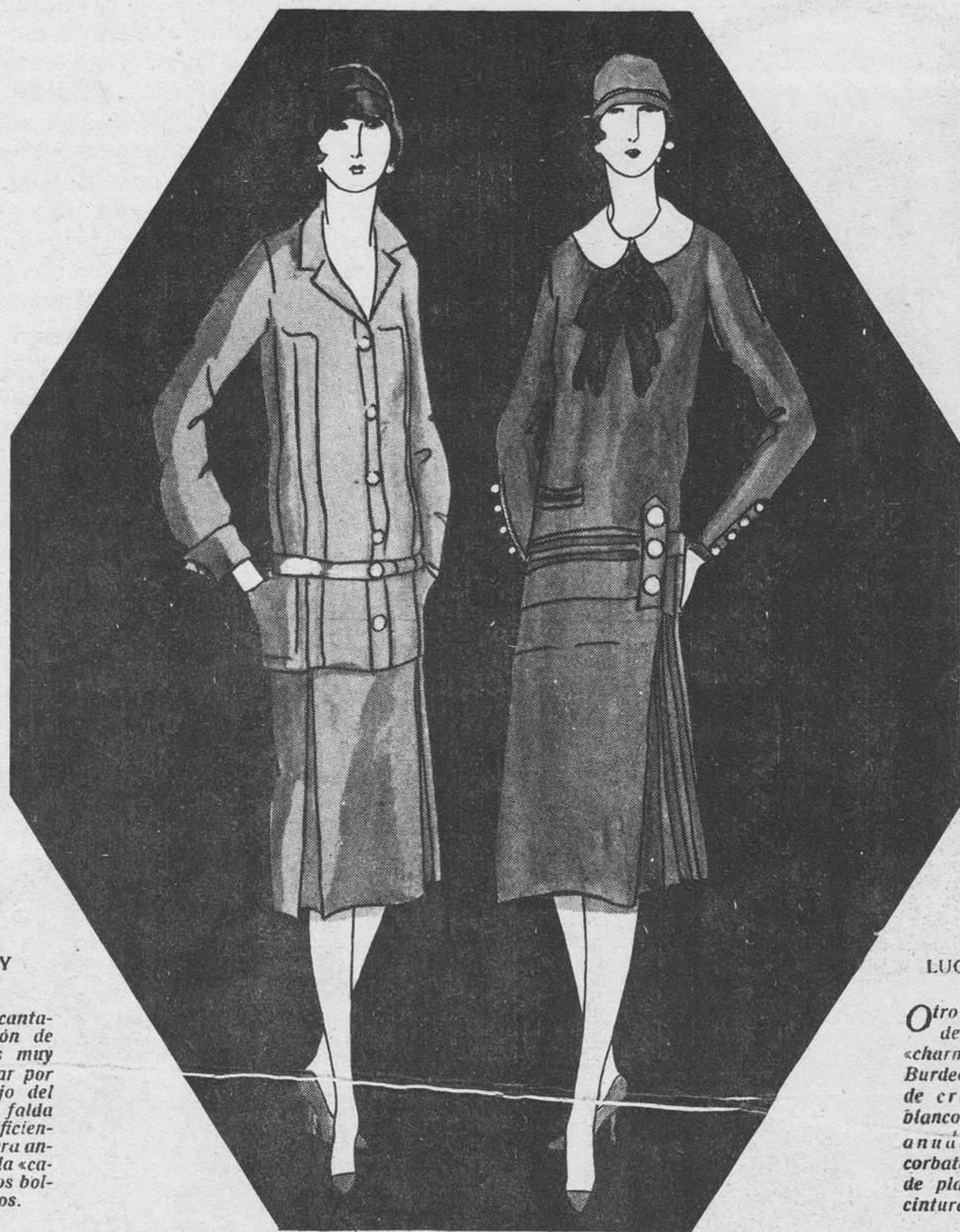
JENNY

Vestido de «crépe Georgette» azul oscuro, adornado de vivos de raso, con esa minucia en la labor que caracteriza los modelos de «Jenny»; el cinturón es de cuero de oro.

JENNY

Conjunto de una novísima tonalidad «ladri-lló»; el vestido, de crepón de China, se abrocha por delante y lleva un cuello alto. El abrigo es de reps de lana, adornado de nutria.





JANE REGNY

Este trajecito encantador, de crespón de China verde, es muy agradable de llevar por la mañana, debajo del abrigo de piel. La falda tableada, es lo suficientemente amplia para andar con soltura, y la «casaca» lleva anchos bolsillos a los lados.

LUCIEN LELONG

Otro modelo de traje de mañana. Es de «charmeline», vino de Burdeos, con un cuello de crespón de China blanco, bajo el cual va anudada una amplia corbata. Unos botones de plata, ponen en la cintura una nota clara.

sé yo? En el oro, nada puede ponerse más suntuoso que el oro mismo, así es que las capas se ribetean con *bouillonés* de oro, o tiras de plieguecitos en *lamé*. También he visto un combinación de oro y plata de mucha fantasía. Era una capa de plata, en la que iban incrustados grandes canelones de oro, sujetos en su parte inferior por un ancho zócalo de *vison*. El forro, cuando no es de piel, lo cual resulta maravilloso para el caso, se hace en terciopelo *beige*, marrón rojizo, incluso negro, que produce un efecto precioso. Recuerdo el éxito triunfal que obtuvo en una de las últimas fiestas de *Fémina*, cierto conjunto de *Dæillet*. El vestido era de terciopelo negro, claveteado de *strass*, y el abrigo, de *tissú* de plata, ribeteado de *renard* negro y forrado de terciopelo negro. Cuando el tejido brillante de la capa se apartó, dejando ver aquel forro sombrío que parecía formar parte del vestido, sonaron aplausos en la sala.

Con los *lamés* en que van tejidas anchas flores multicolores, se hacen unos abrigos magníficos también, y que superan en fantasía a los anteriores. Sin embargo, creo que no tardaremos en fatigarnos de estos caprichos, que pronto nos parecerán pasados de moda. Prefiero las capas de terciopelo color amatista, rosa, «rubio», forradas de piel de conejo ligeramente teñida, que son realmente prácticas y fáciles de llevar. Se me olvidaba citar las capas enteramente cubiertas de abalorios o de lentejuelas, que ya se empiezan a ver y que, evi-

dentemente, pertenecen aún al dominio del mayor lujo.

Ni que decir tiene que de este dominio muchas mujeres quedan excluidas, lo cual no las impide el poder vestirse muy bien, con un gusto muy moderno, y seguir exactamente la moda, sin hacer gastos exagerados. Para ello, solamente se imponen dos o tres reglas, y ya las conocéis. En primer lugar, no debe elegirse ninguna fantasía excesivamente señalada y llamativa, porque cansa pronto y, además, porque un traje algo excéntrico, maravilloso cuando es creado por un gran modista, resulta lastimosamente «curioso», copiado por una modista de poco más o menos. En segundo lugar, no deben elegirse apresuradamente los sombreros y los vestidos de precio, en los principios de temporada. Siempre hay un primer sombrero que dura tres semanas y desaparece después, y dos o tres hechuras de trajes, de las que no subsiste más que una sola. La habilidad consiste en adivinar cuál será esta última o, por lo menos, en esperar a que se confirme la elección de la moda. Todo esto, forma parte de la ciencia que consiste en llevar siempre, y sin ningún rebuscamiento de excentricidad, el traje que conviene a la hora, ciencia que las parisinas practican en grado máximo. Sobre este punto, muchas mujeres de todas las partes del mundo son parisinas. Les basta con meditar un poco sobre este tema importantísimo que constituye su elegancia personal.

MARTINE RÉNIER.



Foto. O'Doré.

LUCIEN LELONG

En este espléndido traje de noche es de notar el movimiento interesantísimo del bordado, que sube por delante hasta el punto de casi formar un breve bolero. El vestido es de «china crepe», azul pálido, y el bordado es de perlas, zafiros y «strass».

FOTO. LIPNITZKI.



ANNA

Vestido para las noches de gala. Es de «lamé» de plata cubierto de encaje de plata. Le enriquecen además unas guirnaldas y un motivo de perlas. El abrigo es de terciopelo brochado en oro y forrado de terciopelo lisc. El cuello del abrigo es de «vison».



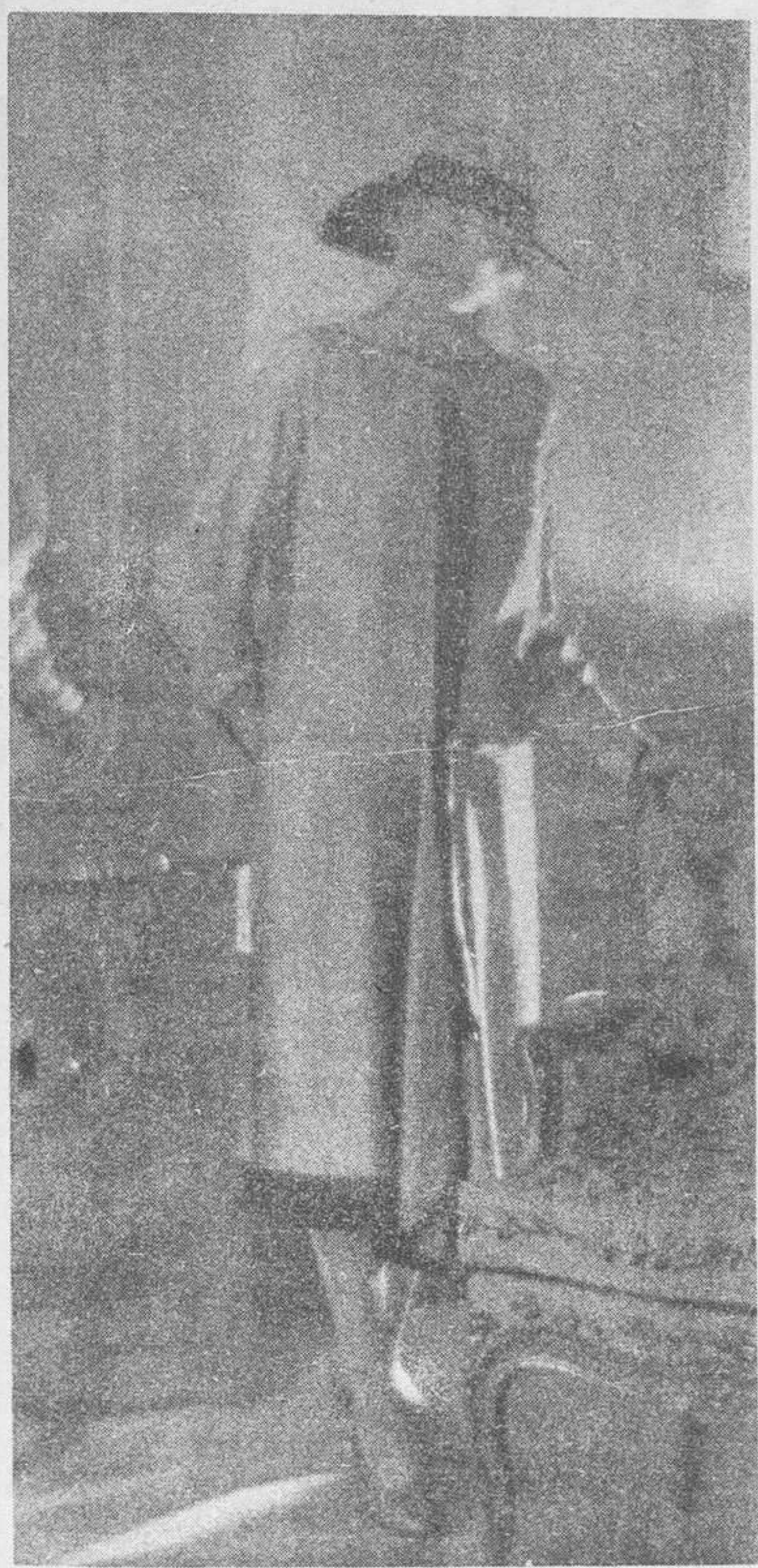
WORTH

He aquí el trajecto de talle muy alto, tal como lo entiende «Worth». Al pronto sorprende algo; pero luego parece sumamente gracioso y juvenil. Es de «charmeline» «beige». Este es un tejido de lana muy flexible, que se plisa como si fuera raso

Foto. O'Doré.

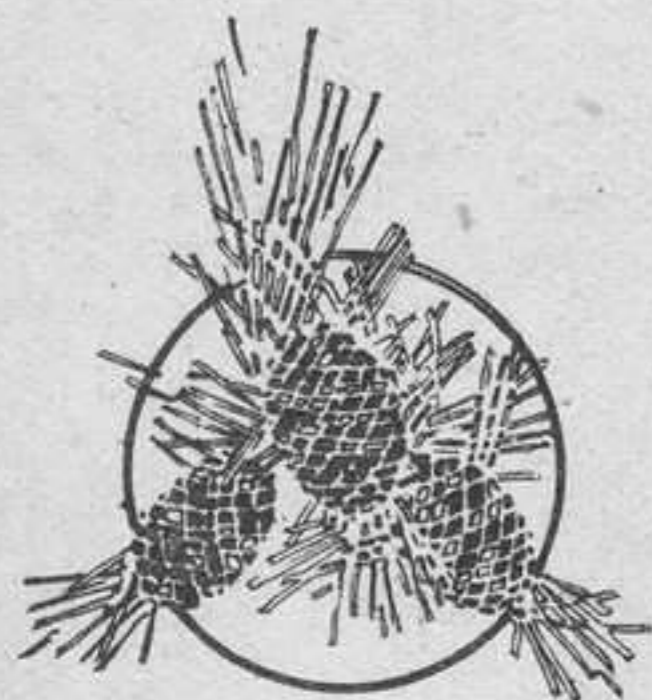


Foto. O'Doré.



WORTH

Este vestido, aunque es de «lame», no deja de ser un traje de tarde. Es de «escarabajo de oro» sobre viso negro, y forma por delante una pequeña «draperie» bastante original. Las mangas son amplias en la parte del codo y van ceñidas a la muñeca.



FOTOS. LAURE ALBIN GUILLOT

CHARLOTTE

En este lindo vestido de «Charlotte», que ha tenido un gran éxito en la Fiesta de la Moda, organizada por «Femina» en Biarritz, se advierte muy señaladamente la tendencia a adornar los vestidos por detrás. El vestido es de «crepe satin» blanco con una ancha lazada y largos flecos sedosos.

MARTIAL ET ARMAND

Reina actualmente un verdadero furor por los trajes de cuero, sobre todo para los deportes. El adjunto modelo, en cuero azul «Roy», ofrece la novísima particularidad de estar plisado a los lados. Cierra por delante.





S o m b r e r o s

MARCELLE DUMAY

Hace más de seis meses que nos estamos preguntando si logrará imponerse el sombrero de tamaño mediano; al menos, no puede negarse que este modelo, adornado con «crosses» del mismo color que el casco, es encantador.

JEAN PATOU

He aquí un gran acontecimiento en el dominio de la moda; «Jean Patou» hace sombreros! El que aparece en la parte inferior de esta página, muy a propósito para deportes, es de cuero de un tono marrón rojizo, y unos cordones ponen en él, a un lado, una notita graciosa.

CONSTANTEMENTE, se crean nuevos sombreros..., pero se cambia muy poco. Sin embargo, en estos momentos, un hecho se impone: la boga inmensa del fieltro *taupé*. ¿Y cómo no ha de agradarnos este fieltro afelpado, tan bonito y tan favorecedor? Se hace en negro, en «rubio», y triunfa siempre sobre todos los sombreros de terciopelo, que también se hacen mucho y que son, realmente, adorables. En casa de *Lewis*, he visto una pequeña *cloche* de terciopelo color violeta de Parma, enteramente *coulis-sée* y con el ala de galón de plata, que resultaba encantadora sobre el lindo rostro de una de nuestras estrellas de mayor magnitud.

La *toque*, prosigue su ofensiva. He visto algunas, así como también una o dos boinas. ¿Sientan bien estos modelos con el pelo cortado? No es de esperar, por

supuesto, que este invierno renunciemos todavía a este capricho que ha hecho sacrificar tantas cabelleras rubias o morenas sobre el altar de la moda. Es, pues, preciso tener en cuenta nuestra testarudez respecto de este particular, y por eso sigo creyendo en el sombrero pequeño, al menos en el de tamaño mediano. Estos som-

breros tienen el ala vuelta de cien maneras distintas; pero el adorno sigue siendo muy sencillo. A lo sumo, algunos pompones de *crosses* teñidos en el mismo color del sombrero, algunos finos «cuchillos», encerados y dorados, aparecen en algún que otro modelo. El adorno del sombrero forma parte del sombrero mismo. Se compone de incrustaciones, de un mosaico de tela, de un bordado de cuero o de cuentas mates. Esto constituye, por excelencia, el arte sutil del pequeño detalle.





JEAN PATOU

No hay que creer que «Jean Patou» se limita a crear sombreros de «sport»; este, de «taupé» negro —fieltro actualmente muy en boga—, adornado de «crosses», tiene una forma encantadora y es, además, de mucho vestir.

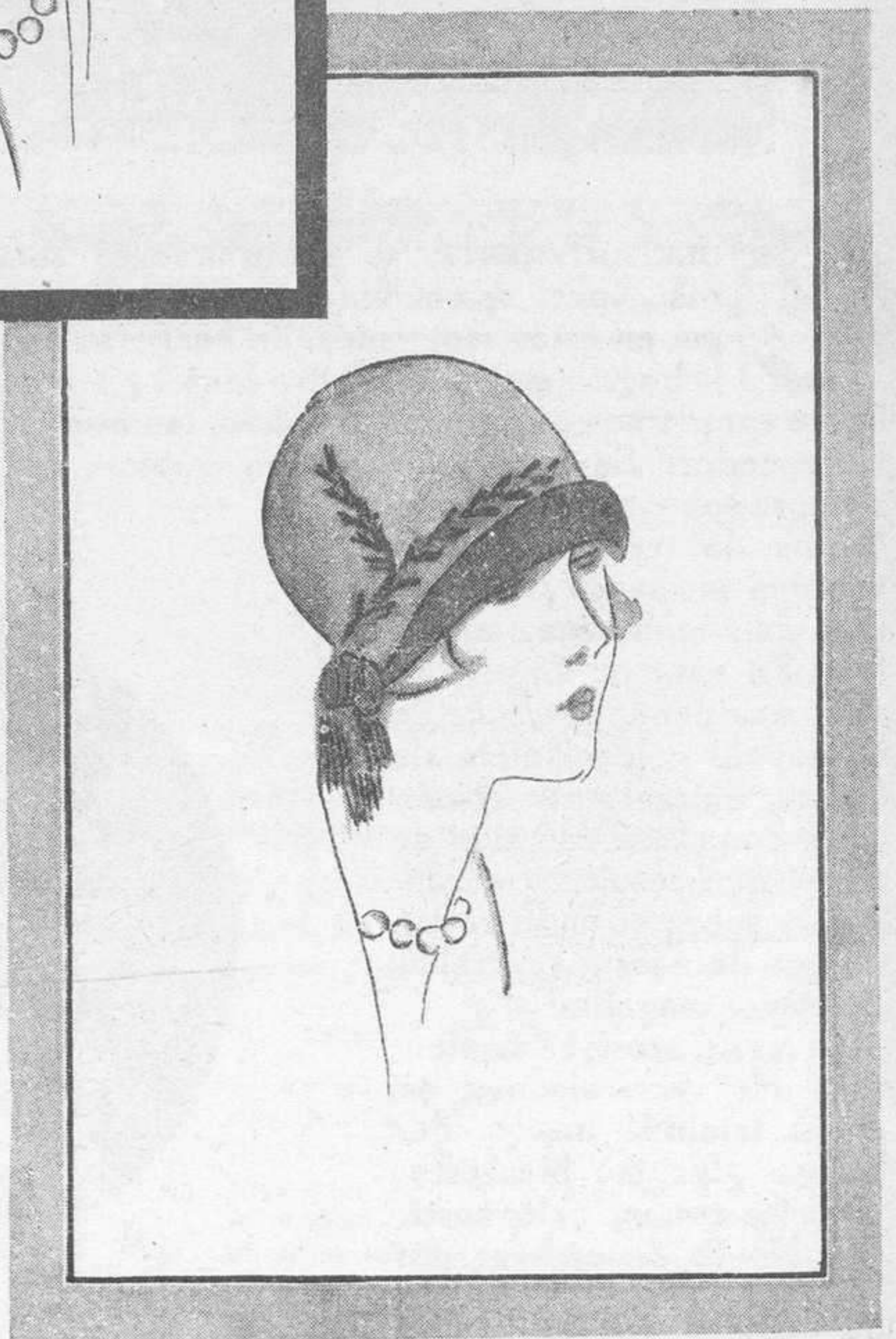


JANE BLANCHOT

«Jane Blanchot», fiel a su afición por los adornos bordados en formas sencillas, presenta este sombrero de fieltro gris; labrado con motas de fieltro en un matiz más claro; lleva un «cuchillo» de fieltro a un lado.

JANE BLANCHOT

Muchos sombreros llevan la parte de debajo, del ala, en terciopelo, y nada hay más favorecedor que esto a la cara; así sucede en este modelo de fieltro «beige» y terciopelo habano; la copa lleva un ligero bordado, y el adorno consiste en un pompon de briznas de avestruz, del mismo color que el sombrero.





MARCELLE DUMAY

Cinco estrechos «cuchillos», matizados en oro, rojo y azul, ponen una nota de color en este sombrero de «taupé» negro, con la copa bastante alta y el ala tígeramente vuelta por delante.



MARÍA GUY

También quiere «María Guy» lanzar este modelo de boina, que hemos visto hace pocos días en la «rue de la Paix»: es de terciopelo color castaño y tiene un borde de plumitas rizadas; está muy «drapé» a un lado, y una pequeña «draperie» cae por detrás sobre la nuca.

MARÍA GUY

¿Volveremos a ver las «toques»? Las esperamos, las anunciamos, pero las llevamos poco. Y, sin embargo, una gran casa de modas presenta una «toque» de fieltro color de cardenilla, que forma por detrás un movimiento muy nuevo.





JEAN PATOU

Este precioso traje de «tennis» está llamado a una gran celebridad, puesto que ha sido hecho por «Jean Patou» para Suzanne Lenglen. Es de «toile» de seda, y se compone de una falda muy plisada y un «jumper» bastante corto con dos bolsillitos; las iniciales tienen una gran importancia.

JEAN PATOU

La moda impone las listas atravesadas... quizá porque hoy son esbeltas todas las mujeres. Este precioso vestido de «jersey» gris se compone de una falda enteramente plisada y de un «chandail» abrochado por delante y listado en violeta y encarnado.

AL AIRE LIBRE



JEAN PATOU

Este es el traje de punto «a cotes», esencialmente fácil de llevar para el «golf», la caza o los viajes. La falda tiene, por detrás, un «panneau» móvil; la chaqueta, adornada con unas flechitas bordadas, lleva dos hileras de botones y se abrocha enteramente a un lado.





JEAN PATOU

Bonito «chandail», de un trabajo muy complicado, pero muy refinado, y de una fantasía muy nueva. Es de «jersey» gris, y el cuello, la pechera cuadrada y la franja que bordea la prenda en su parte inferior, están formados de tiras de varios colores.



JEAN PATOU

He aquí un ligero «chandail» de punto, amarillo canario, muy práctico para ponérselo debajo del abrigo en los días muy crudos del invierno. Los puños y la franja de abajo están bordados en rojo vivo; a un lado, debajo del bolsillo, lleva una rosa, rojo vivo; del mismo tono es el ribete.

JEAN PATOU

No creíamos que existiesen bonitos abrigos de lluvia, y nos sorprende agradablemente, la vista de este modelo de cuero verde, con un ligero movimiento «en forma» y anchos bolsillos. El cuello puede llevarse abierto o cerrado, a voluntad.



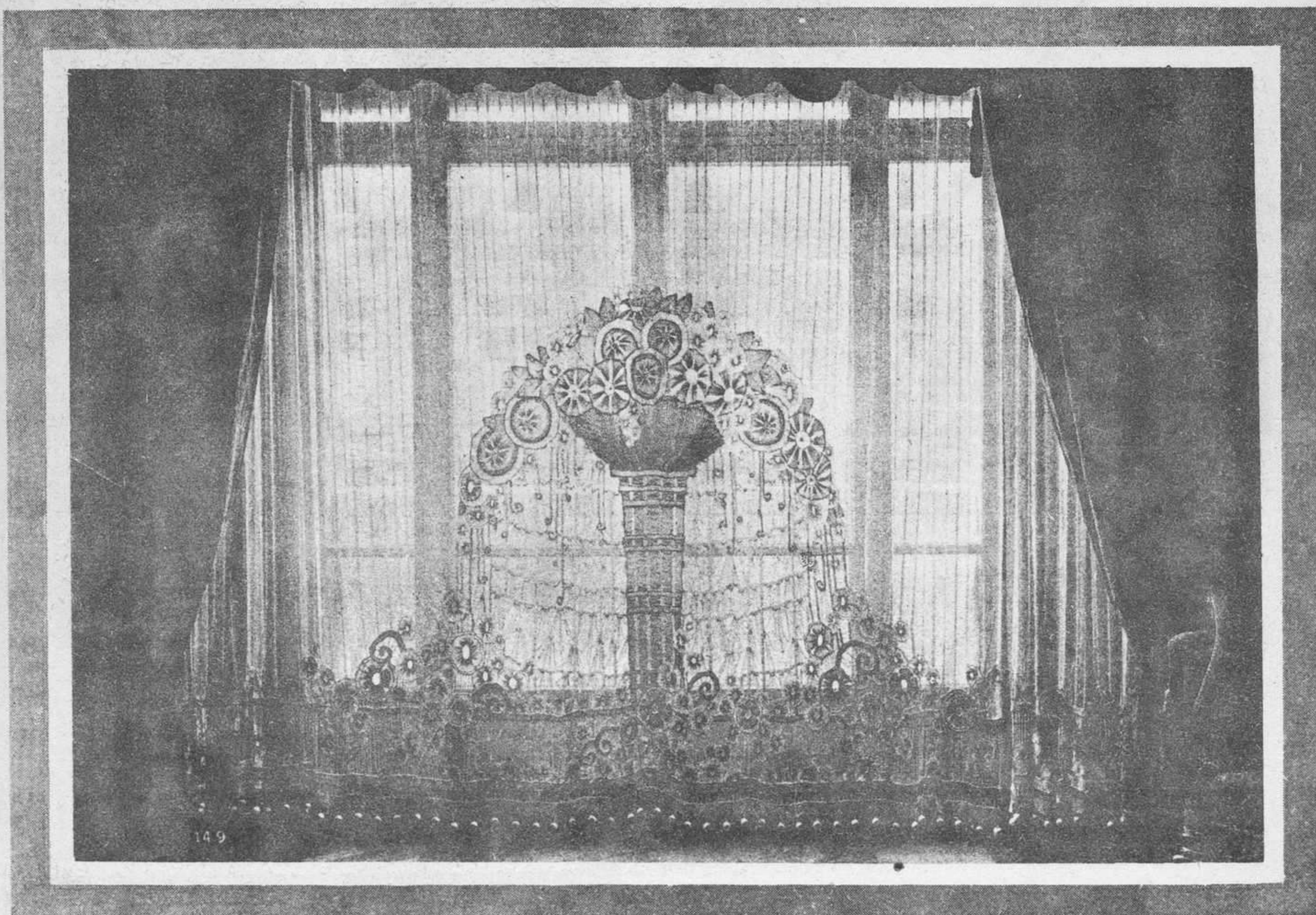


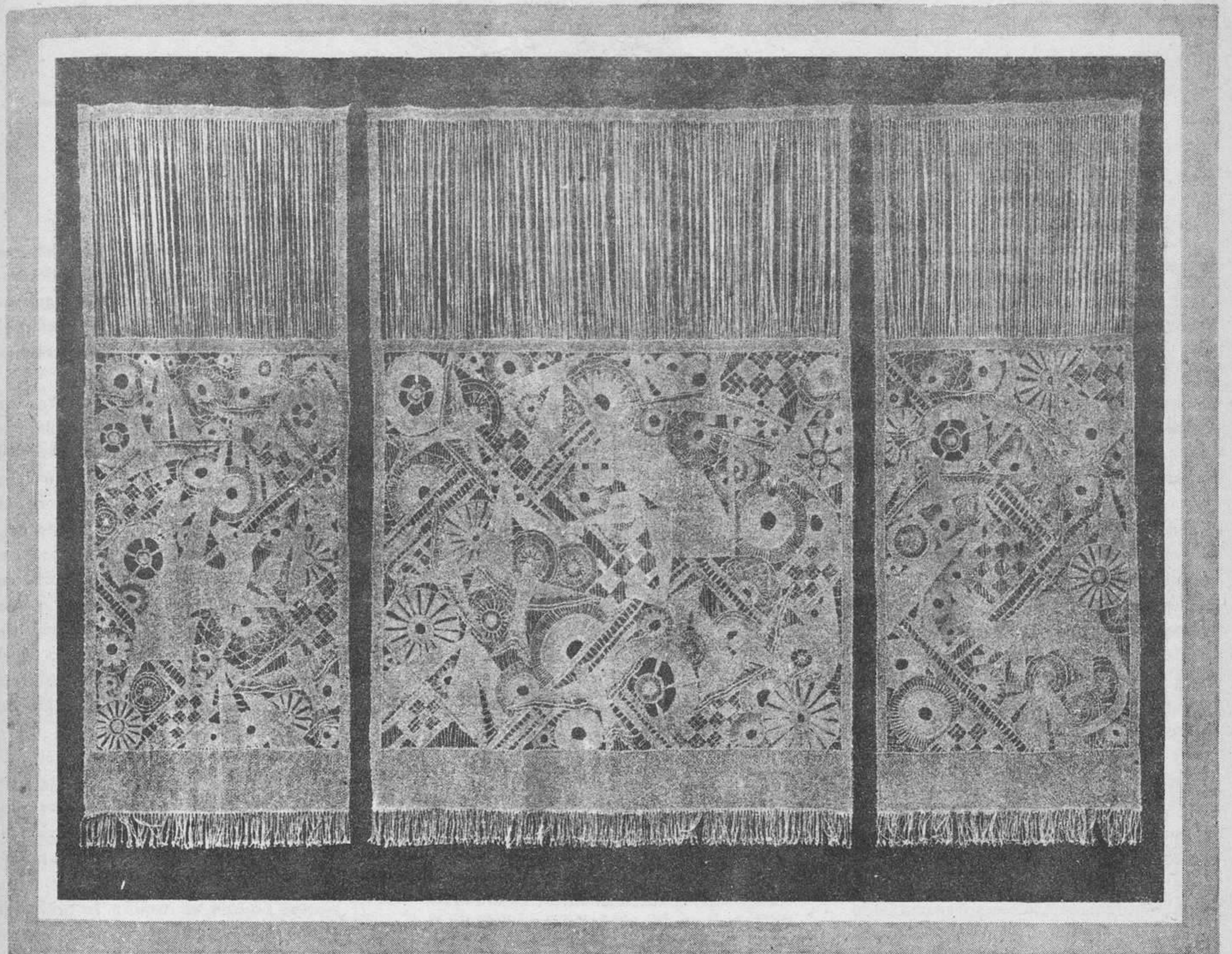
VNA ENCAJERA MODERNA

En la Exposición de las Artes Decorativas, han causado general admiración los hermosos estores y los encajes de Madame Chabert-Dupont, cuyo retrato encabeza esta página. Esta artista une, a un dominio consumado del dibujo, una técnica completamente nueva. Sus encajes de bolillos, sobre grueso fondo color crema, son de un efecto muy moderno que armoniza con la línea de los muebles de nuestros decoradores. Aunque aparentemente sencillos, son en realidad laboriosamente combinados y cooperan a la belleza del conjunto sin complicar el aspecto del mismo. Resulta interesante que una mujer de buen gusto renueve el tan femenino arte del encaje, adaptándolo a las tendencias actuales.

Estor de un bello efecto decorativo, a propósito para comedor. Está colocado en una habitación muy clara, y las cortinas que le rodean ponen de relieve la armonía de sus dibujos. El ancho ramo de flores, en el cual se entremezclan tantos puntos diferentes, es un milagro de habilidad.

(Foto. LAURE ALBIN GUILLOT).



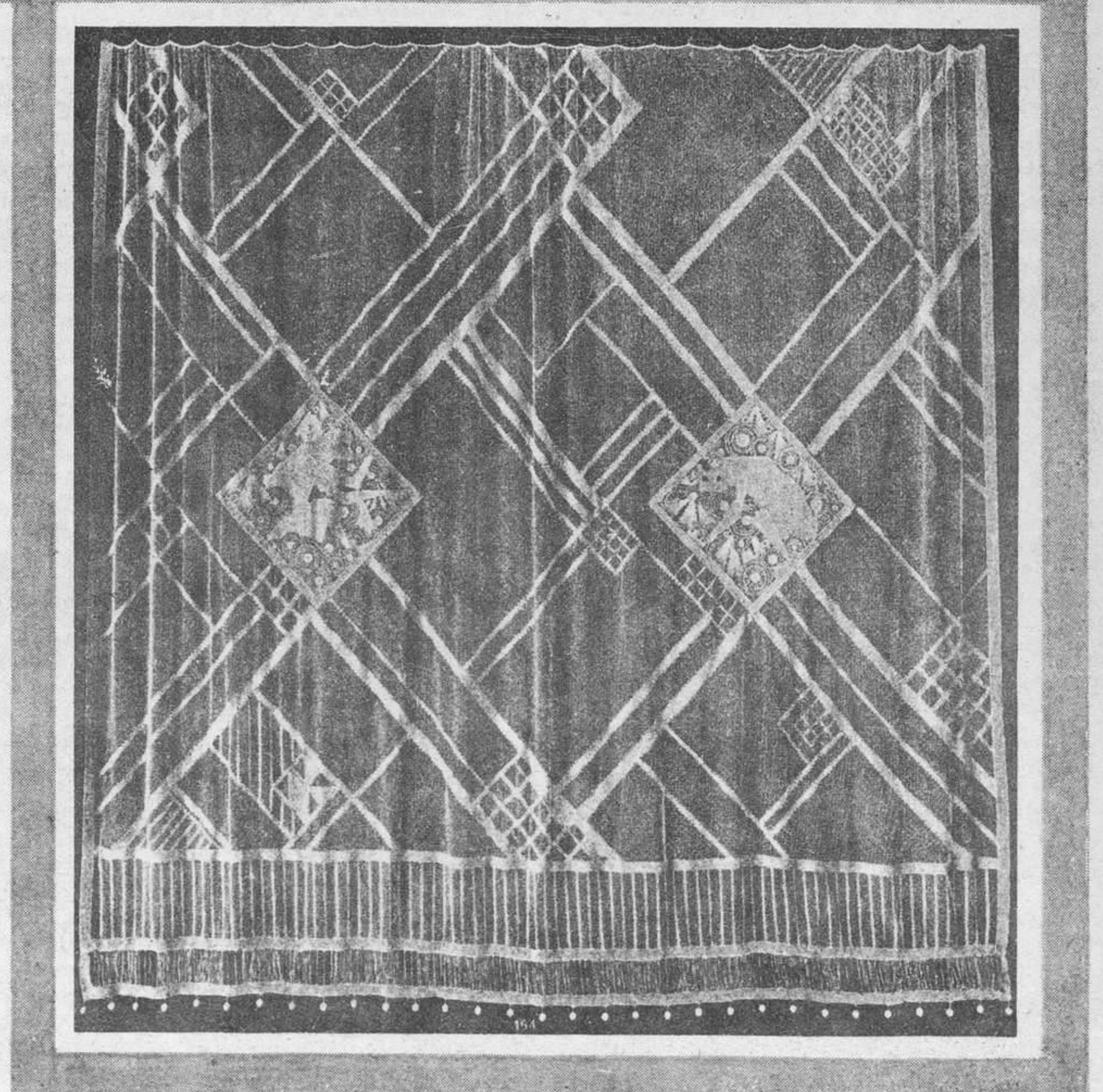


He aquí unas hermosas cortinas de una gran riqueza, que representan una serie de animales tratados de una manera muy moderna, sobre un fondo suntuosamente ornamentado. Estas cortinas están destinadas a adornar un ancho ventanal de comedor.

(Foto. LAURE ALBIN GUILLOT).

El dibujo de esta cortina es a la vez sencillo y elegante. Los motivos ornamentales son muy mates y forman una oposición con el fondo transparente y las grandes líneas entrecruzadas. Hay en este rebuscamiento una técnica excelente y un gran sentido artístico.

(Foto. LAURE ALBIN GUILLOT).



Abrigos

de Cuero



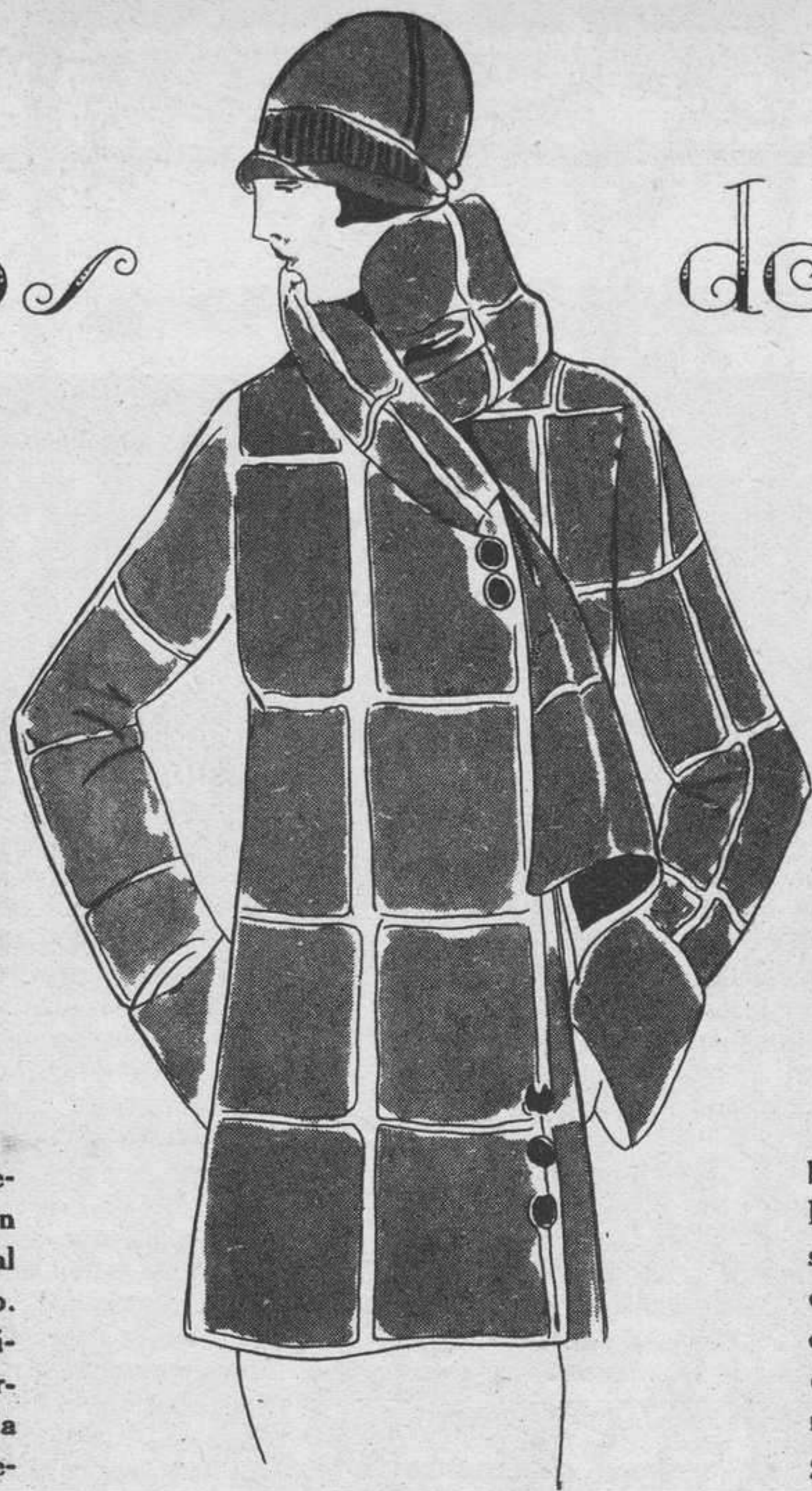
El cuero está llamado a desempeñar este invierno un papel importantísimo en los refinamientos de la elegancia. Hoy ya hasta se hacen en cuero encajes, lentejuelas, bordados..., se dora el cuero, se plata...; a poco que dure este furor, llegaremos a incrustar en él pedrerías.

Entre tanto, algunos modistas, y no por cierto de los de menos fuste, presentan todos los trajes de mañana con un gabán corto, de cuero, que sustituye al *jumper* de lana o al *sweater* de punto. Esta chaqueta recta, con uno o dos bolsillitos, está a veces bordada; otras, adornada con incrustaciones de la misma tela de que está hecha la falda, y otras, ribeteada con una franja de *kasha*, que forma también el cuello y los puños.

Su aspecto adolece de alguna rigidez, a pesar de cuantas sabias preparaciones se hacen para remediar este inconveniente; se le ha ocurrido a Drecoll una ingeniosa combinación: Coloca sobre una falda de *kasha*, color beige, un *jumper* del mismo tejido, que va cubierto por grandes cuadros de cuero en tono natural; la chaqueta tiene así todo el aspecto de ser de cuero y conserva, sin embargo, la flexibilidad del *kasha*.

Algunos paletós de cuero plateado, que son más «de vestir» que los otros, producen un efecto maravilloso con faldas de terciopelo negro. Se bordan a punto de cadeneta, y no creo que exista una sola colección de invierno donde no se encuentren unos cuantos cuellos o solapas de cuero metálico, de oro, plata o cobre.

Worth siente verdadera predilección por la piel de cocodrilo.



Gabancito para «auto», en «ziblikasha» rojo sombrío, sobre el cual se han colocado grandes cuadros de cuero del mismo color. Gracias a este fondo de tela, la prenda tiene una gran flexibilidad; se le puede poner un voluminoso cuello vuelto, muy agradable de llevar. En el interior de las mangas, que son bastante anchas, van colocados unos «para vientos» de crespón de China. El sombrero es de cuero rojo.

Con este cuero especial, se hacen preciosos adornos, sobre todo desde que se tiñe en un color que armonice con el del vestido; sobre el *kasha*, se dispone en cuadros recortados.

Para los deportes, los abrigo de cuero se forran, generalmente con piel, a menos que se prefiera el *kasha*, que es también de mucho abrigo; asimismo pueden forrarse con pana, si bien este tejido resbala difícilmente sobre los trajes de lana. Debe evitarse a todo trance el forro de seda, porque es de mucho vestir. En casa de un buen modista he visto un abrigo de cuero azul, con un forro de *kasha*, en el que se habían pintado dibujos cubistas matizados del gris al negro; la idea es graciosa y nueva.

Las lentejuelas de cuero son, generalmente, plateadas o doradas. Resultan lindísimas estas lentejuelas cuadradas, con las cuales se trazan, sobre terciopelo negro, dibujos que parecen bordados a punto de tapiz.

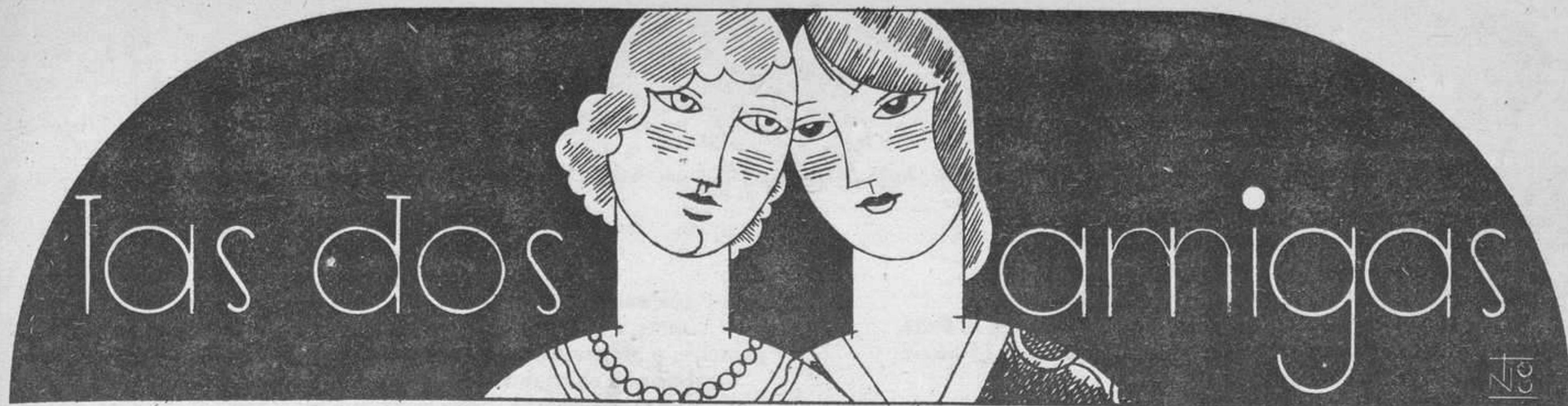
Jeanne Lanvin, en cambio, ha preferido los lunares, y gracias a este capricho vemos hoy algunos vestidos con lunares de diversos tamaños, en cuero de oro o de plata, aplicados sobre fondos de muselina

de seda. Se ven infinidad de encajes de cuero, subrayados con hilos de plata, creados por Roubaudi, y que han tenido una gran aceptación. También existe otra fantasía: unos abrigo de cuero de dos colores, que semejan delicadas labores de maroquinería. En este estilo, he visto una chaqueta beige, adornada con cuadros, de cuero más oscuro; otra, en cuero azul, bordeada con una franja de cuero plateado, y otra en cuero blanco, con incrustaciones de cuero rojo.



De estos dos modelos, el de la izquierda es una chaqueta de «sport» en cuero azul «Roy», con un estrecho vivo y botones de cuero gris, y el de la derecha una chaqueta de calle, de terciopelo habano y nutria, bordada con lentejuelas de cuero de oro.

De estos dos modelos, el primero es una encantadora combinación de cuero gris y topo, abrochada con diminutos botones esféricos. El segundo modelo, de antilope gris, con pespuntes de hilillos de plata, es elegantísimo.



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

X

—Pues... hasta la completa curación.

—¿Un mes?

—¡Oh! Mucho más, muchísimo más.

—¿Y mi novio? ¿Y mi boda? —exclamó Odette.

Bourgogne había conocido muchas de esas enfermas que por toda clase de razones se niegan a marchar a Suiza por no dejar los placeres mundanos. No podía precipitar las cosas, revelar la cruel verdad a mujeres impresionables y gravemente enfermas. Y entonces transigía. Indicaba otros sitios, según las épocas, Arcachón o la Costa Azul. Parecía que trataba simplemente de buscar en favor de sus lindas clientes un sitio agradable para una cura de reposo. ¡Poseía una práctica tan grande de las mujeres, de sus ideas, de sus gustos, de sus preferencias!

—¿De modo que no quiere usted ir a Suiza?

—Escuche, doctor...

—En una palabra, ¡que no quiere ir! No hablemos más de ello. Sin embargo, le aseguro que una temporadita allí le habría hecho un gran bien.

Las dos mujeres pusieron cara consternada. No insistió. Fingió buscar un nombre en sus recuerdos. Y dijo sonriente:

—No obstante, un cambio de aires le sería muy conveniente en estos momentos. Pero no conviene una región húmeda. La orilla del mar le convendría mucho. Sin embargo, no voy a enviarle a usted a Cabourg en el mes de noviembre.

—¿Quizá el Mediterráneo...! —insinuó suavemente la señora Angerolle.

—De él iba a hablarles...

Odette batió palmas:

—¡Oh! ¡mamá! ¡La Costa Azul! ¡Qué dicha! ¡Mauricio irá seguramente con el príncipe a Niza o a Montecarlo! ¡Será muy alegre! Juremos al *tennis*, juntos haremos excursiones. Y por la noche bailaremos. ¡En Niza hay dos casinos! ¡Y en Montecarlo un teatro!...

—¡Poco a poco! ¡Poco a poco, señorita! —interrumpió Bourgogne—. ¿Se ha creído usted que la mando a la *Riviera* a bailar y jugar al *tennis*? Esto podría hacerlo aquí. Y ya lo ha hecho demasiado.

—Y se encogió de hombros, testimoniando así su desdén de hombre trabajador por aquella vida mundana, inútil, fatigante.

—Veo, señorita, que hace falta ponerla al abrigo de las tentaciones. Y sin embargo —añadió Bourgogne, a quien se le había ocurrido una idea—, no quiero alejarla demasiado de su novio, que irá probablemente a Montecarlo. ¿Vamos a ver, qué le parece a usted... Menton? Menton está muy cerca de Montecarlo. Es una linda ciudad. Hay paseos admirables y hermosas tiendas...

—Nada, iremos a Menton —interrumpió la señora Angerolle, que encontraba el sitio elegante y agradable.

—Le aconsejo, con preferencia, Garavan, Menton-Garavan, que es una barriada de la ciudad, una barriada deliciosa, llena de hotelitos.

—¿Conoce usted allá algún buen hotel?

—¡Oh! Los hoteles... Su hija de usted está delicada. Prefiero que vivan ustedes en un hotelito. Se encontrará usted en mejores condiciones para cuidar a su hija. Le hace falta, antes que nada, reposo. Permanecerá usted, señorita, bien envuelta en mantas, tendida en una *chaise-longue* toda la mañana, tomando el sol, antes y después del almuerzo; permito algunos paseos a pie o en coche. Pero teniendo cuidado de retirarse antes de las cinco. Acuéstese temprano. En París se va usted demasiado tarde a la cama. Pueden ser muy útiles inhalaciones de tintura de yodo. ¿No tiene usted aparato para ello?

No lo tenían. Dió las señas de una tienda de instrumentos quirúrgicos, y añadió:

—Le hace falta sobrealimentarse en extremo. Beba usted con preferencia cerveza, sobre todo cerveza inglesa.

Dió algunos otros consejos.

—Les recomendaré a mi colega Vernet de la Roche, que le hará seguir el tratamiento necesario.

—Vamos a comprar ese inhalador en seguida —dijo la señora de Angerolle—. Y al llegar a casa contaré a mi esposo lo que usted ha ordenado. Partirá antes para buscar un hotelito. Y nosotras le seguiremos lo más pronto posible.

Se acercaban a la puerta. El doctor les deseó un feliz viaje y un no menos feliz regreso. Odette, después de saludar, salió. El criado la acompañaba. Volvió la cabeza y vió que su madre se había quedado en el despacho con el doctor. Odette les vió hablar en voz baja, en el umbral. Le dirigieron una sonrisa, pero se apoderó de ella la inquietud. Adivinó que hablaban de ella, que se confiaban cosas que ella no debía oír.

En el coche no pudo menos de preguntar:

—¿Es grave lo que tengo, mamá? ¿Qué te decía hace un momento Bourgogne?

—¡Cómo corre tu imaginación! —exclamó su madre—. Bourgogne sólo me ha dicho que debiendo celebrarse tu casamiento, como hemos convenido, en abril, debo impedir que cometas imprudencias; porque si no eres razonable y obediente, la bronquitis puede degenerar en algo más grave. Y entonces se tendrá que retrasar la boda. Hélo aquí todo, señorita curiosa.

—¿Dónde vamos ahora?

—En busca del inhalador.

El coche atravesó la plaza de la Concordia. Se descubría, limitada por los palacios geométricos, una gran extensión de cielo en medio de aquel vasto espacio. Odette señaló el globo rojo del sol de otoño, que flotaba en una bruma acuosa, llena de girones de nubes sucias semejantes a andrajos.

—¡Pronto veremos el gran cielo azul!

El coche siguió el bulevar Saint-Germain y las calles inmediatas al Odeón. Se detuvo frente a la tienda indicada por Bourgogne. Las dos mujeres bajaron del coche. Odette vió el escaparate, que se parecía en grande a la vitrina del doctor. Veíanse, correctamente alineados, toda clase de instrumentos de níquel, de formas extrañas e inquietantes, que evocaban las angustias del dolor. Veíanse escalpelo para abrir las carnes, las pinzas que separan los bordes sangrientos, las sondas que se hunden en las llagas, y toda clase de sierras, de aparatos desconocidos, cuya vista llena de espanto y hace que recorra el cuerpo un estremecimiento desagradable.

El tendero enseñó los inhaladores. Explicó su empleo. Odette lanzaba de reojo miradas inquietas. Estaba impresionada. Aquella vasta tienda, llena de objetos terribles, después de la consulta de Bourgogne, le hacía el efecto de la antecámara de la muerte. Parecía, de pronto, a la coqueta y delicada joven, que desde aquella mañana iba avanzando por un nuevo camino marcado por etapas siniestras hacia un final temible y oculto. Aquello le estropeaba todo el encanto del viaje al país del sol. ¡Sería preciso, allá abajo, permanecer tendida, respirar aquella asquerosa tintura de yodo, oler a medicina, a hospital, llevar durante meses una nueva existencia bien fastidiosa! ¿Qué significaba todo aquello?

—¡Se diría que me llevan a la muerte, en medio de todas estas cosas! ¿Sabes que no es muy alegre, que digamos?

La señora Angerolle, para desviar el curso de las preocupaciones de su hija, dijo:

—Pronto iremos a otras tiendas que te gustarán mucho más; tenemos que ocuparnos de los trajes precisos para pasar el invierno allá abajo. Pediré a tu padre que te compre el *renard* azul antes de partir.

No hay inquietudes en el cerebro de una joven que resistan ante las ideas de coquetería. El rostro de Odette se animó. La señora Angerolle, satisfecha, quiso empezar en seguida las visitas a las tiendas. Pero la novia del conde de Ansauvillers exclamó con tanto entusiasmo: «¿Y Mauricio? ¿No sabes que nos está esperando?», que tomaron el camino de casa.

Era tarde. Ya era de noche. La niebla rodaba por las calles. Envolvía en brumas rojizas los globos redondos de los arcos voltaicos. El ruido de peatones y autos se deslizaba sobre el humedecido asfalto; de cuando en cuando, un peatón torpe pasaba corriendo por delante del coche, y Odette le seguía con la vista, un instante distraída.

Su padre no se había retirado aún. Desde que estaba sin ocupación hacía vida de casino. Y se pasaba allí todo el día. Mauricio estaba solo, esperando en el saloncito. Se levantó para salir al encuentro de las dos mujeres. Traía a su novia un gran ramo de blancas violetas.

Las primeras flores que una joven recibe, le causan un gran placer cuando ama al que se las regala. Entonces empieza para ella una vida nueva, llena de galantería, de palabras dulces, de ramilletes, de regalos, de atenciones; vida que le aparece como la cosa más agradable, más bella y más deliciosa del mundo. ¡Y los regalos anteriores de amigas, padres y viejos parientes son olvidados de repente ante la dicha que producen las primeras rosas o las primeras lilas blancas ofrecidas por el hombre joven y agradable, al que se ama con pasión!

Dió las gracias a Mauricio. Le tendió su mano enguantada, con la gracia de la mujer que parece que abandona un poco de ella misma con sólo ofrecer los dedos, y alzó hacia él sus ojos iluminados de afectuoso agradecimiento.



—¡Qué tarde se retiran ustedes! —dijo Mauricio.
—Hemos ido a casa Bourgogne para que viera a Odette.
—¿Es que está enferma? —preguntó vivamente el novio.
—Tose desde hace algún tiempo.
—En efecto, ya lo había observado.
No había reparado en nada, pero quería pasar por observador.
—¿Qué ha recetado Bourgogne?
—Ha ordenado que marchemos a Menton —contestó Odette.
—¡A Menton!

La linda ciudad tiene una reputación inmerecida. Hay un proverbio que dice: «Se va a Niza para divertirse; a Canney, para sufrir, y a Menton, para morir».

Si se mueren allí, a pesar de la dulzura del clima, es porque hay muchos enfermos desahuciados que, por razones mundanas o de otra clase, como los Angerolles, no quieren ir a Suiza.

Así es que el nombre de Menton impresionó al doctor de Ansauvillers. Se hizo contar con todo pormenor la consulta de Bourgogne. ¡No necesitó mucho tiempo el joven médico para adivinar la verdad! Deseó secretamente comprobar sus sospechas; quería confirmar por sí mismo la catástrofe que presentía y que arruinaba todos sus proyectos de casamiento, fortuna y porvenir.

Acercóse a su prometida y, con el gesto del médico que baja la cabeza para escuchar la respiración de la enferma, dijo:

—¿Me permite?

Sin esperar contestación, apoyó el oído en la espalda de Odette.

Hubiese querido desnudar aquel busto para escuchar mejor, para palpar, según las reglas prescriptas, y sentir bajo sus dedos la lesión. Pero no se atrevió, porque comprendía que a causa de su calidad de prometido habrían estado cohibidos los tres.

Con la espalda encorvada y la mejilla apoyada en la espalda de la muchacha, se decía: «¿Cómo no he observado esto?»

Ella preguntó de nuevo:

—¿Es grave?

El sonrió de un modo tranquilizador.

—No se preocupe. Siga escrupulosamente las prescripciones del maestro y de mi colega Vernet-Delaroche. Por lo demás, el príncipe va este año a Montecarlo con toda su casa. Yo iré a verla casi todos los días.

—Estoy contenta —replicó Odette.

El la miró. Sonreía siempre por deber profesional, para no alarmar a la enferma. No obstante, sentíase anonadado, y repetía para sí: «¡Es posible! ¡Es posible! ¡Tan joven! ¡Y yo no había visto nada! ¡Nada!»

Juzgaba a Odette como un caso perdido.

XI

Ella y Clara se encontraron al día siguiente en un salón de te. Esta clase de establecimientos se han multiplicado en París a medida que las mujeres han perdido el gusto del hogar y han querido frecuentar conciertos, conferencias y grandes almacenes.

Aquel estaba decorado de colores extraños, negro y malva, con flores amarillas y rojas; la madera de los sillones y de las mesitas era de color sangre de buey; grandes linternas anaranjadas, de papel oleoso, encerraban las bombillas eléctricas y daban una luz discreta en la que se fundía y atenuaba todo aquello.

El teatro y los cuadros imponen esos decorados de colores violentos y extraños que se encuentran en los salones de te, tiendas de moda, tocadores de las mujeres y saloncitos de fumar de los hombres. Era el estilo, la manía del momento, una tendencia artística que se esforzaba por crear cosas nuevas, inspirándose en la Rusia de la Edad Media, que aparecía en los bailes que entonces se representaban en la Opera y en el Châtelet; de una Persia fabulosa, una Persia de tiendas de modas, inventada por completo, incomprensible y chusca, de la cual quizá, andando el tiempo, saldrá una idea, un modo de expresión duradero. El conjunto de esas tentativas producía ya ese estilo que se llama arte nuevo, y que, a pesar de todo, tiene su técnica, su elegancia y su encanto.

Las camareras circulaban, llevando en sus bandejas batallones de tacitas, la tetera y los tarritos de crema, la chocolatera, los platicos de pastas, los tenedores y los cuchillos para comidillas de muñecas. Todo el servicio era de porcelana color de rosa marchita. Colocaban delante de cada grupo pirámides de golosinas nutritivas y ligeras.

Las conversaciones parecían cuchicheos, como si aquella luz de santuario convidase a hablar en voz baja. Casi todo eran mujeres. Los pocos hombres que había eran jóvenes. Llevaban el pelo, el traje y el calzado a la última moda. Se les adivinaba nulos, pueriles, ociosos, afectados y parecidos, por sus cerebros de mosquito, a sus charlatanas compañeras con las que compartían la vida tonta, los placeres elegantes y las pequeñas preocupaciones supérfluas.

Clara esperaba a su amiga.

—¡Buenas tardes, Clarita! ¿Me he retrasado? Mamá, de paso, me acaba de dejar. Volverá a recogerme. ¡Tenemos tantas cosas que hacer! ¡Bourgogne me envía a la Costa Azul!

Clara exclamó con convicción, envidia y amargura:

—¡Qué suerte tienes!
—Vamos a Menton, y estaré cerca de mi novio, que acompaña al príncipe a Montecarlo. ¡Qué felicidad!

Continuaba charlando deprisa y muy contenta:

—Bourgogne nos da prisa para que marchemos. Y claro es, que mamá y yo estamos muy atareadas. Nos hace falta organizarlo todo para una larga temporada. Parece que pasaremos allí todo el invierno. No tengo nada que ponerme. No tengo tiempo de encargarme nada. Me lo tendré que comprar allí. Sabina ha empezado ya a preparar el equipaje. Papá toma el tren esta tarde. Va para escoger y alquilar un hotelito. Bourgogne dice que para cuidarme estaré mejor en una casa propia que en el hotel. Me ha prohibido las excursiones, pero...

Se detuvo, no pudiendo continuar, porque había soltado todo aquello de un tirón. Acabó su pensamiento con un gesto. Entonces solamente pidió el chocolate. Clara tenía la cara seria.

Odette acabó de explicar su gesto:

—¡No estoy en modo alguno enferma! ¡Sólo estoy un poco fatigada y nada más!

Clara no se había informado aún, en efecto, de la salud de su amiga. La hija del teniente coronel Vimereux pensaba sólo en ella. Las dos amigas no se separaban casi nunca. Y de pronto aquella intimidad iba a ser interrumpida. Se acabaron los selectos almuerzos y comidas en casa de los Angerolle; se acabaron las invitaciones en los palcos, que el padre de Odette tomaba a veces para la familia; acabáronse las *matinées*, las conferencias, los tes, los paseos en «auto». La heredera se alejaba, transportando su lujo al otro extremo de Francia, para llevar allí la misma vida fácil y encantadora. Clara se quedaría sola. Iría a pie. La salpicarían de barro los «autos». Cuando las lluvias del invierno golpean el asfalto resbaladizo recorrería las fangosas calles bajo el paraguas. Volvería a casa de sus padres, entre muebles desparejados que habían sido llevados de guarnición en guarnición durante veinticinco años, horribles muebles de nogal vendidos por millares, juntos con *cubre-tiestos* de cobre, columnas de cuatro pies, adornos de chimenea y «bronces artísticos» de almacén de novedades, a los pequeños rentistas, a los funcionarios de poco sueldo y a los porteros, a toda la clase media y clase baja de la sociedad.

Los Vimereux vivían en uno de esos pisos modernos, blancos, decorados con esculturas de confitería, que hacía resaltar más aún la pobreza de la instalación que no se adaptaba en nada al estilo de la casa.

Se ponía la ropa en legía dentro del baño.

La señora Vimereux ocuparía en los trabajos domésticos a su hija que ya no tendría pretexto para escaparse, para huir de aquella vida mezquina que detestaba. Quizá Odette se llegase a olvidar de su amiga. ¡Quizá encontraría allá abajo una nueva compañera!

Clara lo temía. Había heredado de su madre un cierto espíritu de intriga. Desde hacía muchos años, la hija del teniente coronel «cultivaba», como se dice, a los Angerolle. No tenía un plan claramente concebido. Pensaba que la amistad de la gente rica es siempre útil. Y esperaba. Esperaba algo. Esperaba lo imprevisto, la ocasión, la fortuna. Quizá esperaba encontrar un marido acomodado entre las relaciones del abogado.

Recibía de Odette pequeños regalos, vestidos, baratijas, sombreros que habían cesado de gustar. Clara, por cálculo, por no parecer la eterna obligada, hacía, a su vez, regalitos insignificantes. Lo que se llama regalar un huevo para conseguir una gallina. Odette no veía más que la intención. Y se esforzaba en mimar a su amiga por delicadeza.

París está poblado de esas parejas desiguales. En provincias, las sociedades son bien distintas. Las diferentes clases que crean la situación económica, el nacimiento y la educación se mezclan difícilmente. Así es que los millonarios de una misma ciudad sólo se tratan entre sí. Esto es mejor, quizá. Los *arrivistas* no son más que gente necesitada que ha frecuentado demasiado a los ricos. La envidia, los celos, el odio y la crueldad nacen muy a menudo de ese trato. Los antiguos manuales de urbanidad tenían razón cuando recomendaban a la gente sensata que no trabase intimidades con los más ricos que ellos. Y las reglas, algo rigurosas, un poco aburridas, bastante mezquinas de la vida provinciana demuestran, sin embargo, un buen sentido muy grande y una cierta prudencia.

En París, por el contrario, existe toda una clase de parásitos, cortesanos de la opulencia. Son ociosos por cálculo, tanto como por pereza. Entretienen, lisonjean. Tienen la inteligencia del necesitado. Atacan mientras los otros se defienden. Y el que ataca lleva siempre ventaja. Por lo general, es gente descalificada, con pretensiones. No juzgan el trabajo regular digno de su mérito. Quieren elevarse de un solo golpe. Algunos llegan a lograr una posición, gracias a las intrigas, a las complacencias. Entre los que triunfan los hay que valen algo. Otros, por el contrario, todo lo deben a la suerte. La mayoría fracasan y acaban miserablemente en ocupaciones indefinidas, extravagantes, y a menudo poco honrosas.

Clara dijo en voz alta:

(Continuará en el número próximo.)

Las trenzas de Milita.

(CUENTO)

Nos encontramos en el *boudoir* cubista de Milita, una muchacha *chic*, en todo el sentido de la palabra. Son las once de la mañana y aún lleva pijama y zapatillas, y lo que es peor, siente pereza para acicalarse, vestirse y marchar al Sardinero a tomar el baño cuarenta y dos de sol.

Porque Milita, a fuerza de querer ser elegante y original, acaba por ser grotesca. Toda ella da la sensación de una muñeca de serrín, tal es la abigarrada indumentaria, según ella, de un gusto propio. En donde se nota el estado agudo de su manía por las cosas chillonas y exóticas, es en su gabinete. Todo es a base de papeles rayados de colores desesperantes, cojines esparcidos por el suelo con tal profusión que resultan a propósito para entrenamiento de carreras de obstáculos. En sillas y butacones, muñecas exóticas por docenas; sus amigas, cuando la visitan, viendo que las sillas están ocupadas por tan diminutos y adorables personajes, no tienen otra solución que sentarse en el suelo, sobre los almohadones.

Pero el caso es que hoy se ha levantado con una arruga vertical en la frente, y su boquita, estuche de golosinas, más que boca parece el hocico de su perro *griffon*. Todo eso quiere decir que tiene el día malo, capaz de hacer la peor locura, incluso dar calabazas al mismísimo Príncipe de Gales, si le pedía su blanca, ¡ay!, digo su negra mano.

Tengo el gusto de decir que Milita tiene novio: un muchacho ideal, según ella, que tiene los hombros cuadrados a fuerza de hacer gimnasia sueca; un real mozo, tal como gusta a las damitas de hoy, *sportsman* hasta la temeridad; con su *Citroen*, es el terror de los perros de San Sebastián; incluso cuando va de paseo a pie lleva una marcha atlética, con una velocidad tal, que ha hecho exclamar a más de un señor respetable en el colmo de la indignación: «Joven, con ese paso va usted a atropellar a alguna criatura con su correspondiente ama seca».

Pues ese muchacho que les acabo de presentar, en ideas y sentimientos es la criatura más inocente del mundo. Celoso como un turco y sentimental como un joven del siglo XIV, de aquellos que llevaban la mandolina a la espalda. ¡Fiense ustedes de las apariencias!

¡Pobre Milita! Mis amables lectoras compadecerán a esa pobre muchacha: ¡Qué de polémicas con su novio para defender su criterio ultrafuturista! Pero ella es una mujer fuerte, de ideas feministas, que ha aprendido el secreto de no llorar, porque eso sólo lo hacen las mujeres débiles. ¿Ustedes pensarán que esa fortaleza de espíritu la ha aprendido Milita leyendo a Schopenhauer y demás compañeros insensibles? Pues nada de eso. El que ha hecho ese milagro ha sido Rimmel, el perfumista. Él dijo: «Mujercitas, después de ponerse mi célebre cosmético no se debe llorar, porque escuece».

Bueno; el caso es que Milita ha decidido cortarse hoy el pelo, no quiere hacer más el ridículo; ella, que en todas las cosas de modas es de las primeras, resulta que por culpa de la terquedad de su novio es de las pocas muchachas que no se han cortado el pelo. Hoy lo hará, aunque no sea ninguna novedad; pero lo hará solamente para acostumbrarle a no meterse en cosas que no son de su incumbencia, como son las modas femeninas. Lo mismo le da que cumpla su amenaza de dejarse el bigote en caso de que ella se corte el cabello.

En ese preciso instante de divagaciones mentales, su camarera le notifica que el *groom* de *chez le coiffeur* ha llevado esa cajita, y dentro de quince minutos estará el señor peluquero en el *boudoir* de la señorita. (La camarera deja la caja encima del tocador de laca roja, entre los utensilios de plata.)

Milita no puede resistir la curiosidad de mirar las herramientas del peluquero: desde luego, están las tenacillas, los peines, la máquina de pelear el cogote, las tijeras. ¡Madre mía, qué tijeras más grandes! Para examinarlas mejor, va hacia los cristales del balcón. Sonríe, pensando en su venganza; decididamente se hará cortar los cabellos a la *garçonne* o al recién nacido, que es la última palabra en peluquería. (Del *chalet* de enfrente sale al balcón una muchacha distinguidísima; lleva el cabello partido en dos trenzas muy largas y rubias como el trigo; parece una testa pintada por el Ticiano.)

Milita recuerda las palabras de elogio de su prometido para dicha señorita siempre que la ve al balcón. Realmente, resulta pesado José Luis diciendo siempre lo mismo: «¡Qué hermosa es esa señorita inglesa, con esas trenzas! Parece la Julieta que inmortalizó Shakespeare».

¡Qué sarcasmos tiene la vida! ¡Ella que se enamoró de José Luis porque se parecía a Douglas por lo intrépido, y resulta que es primo hermano del Romeo de la leyenda! Pero con mi resolución voy a curarle de sus romanticismos medievales. (La camarera anuncia al peluquero.)

Peluquero.—Señorita, a sus órdenes: ¿cómo quiere que le corte el cabello, a lo *garçonne* o a lo Ninón?

Milita.—Quiero que me lo ondule, y después, partido en dos trenzas. (Gesto de estupor del peluquero.) ¿No le parece muy original así?

Peluquero.—¡Realmente, señorita!

TERESA BORRAS.

Un adiós a mis barracas.

De nivea blancura, cercadas de naranjos y limoneros..., bellas barracas que os contemplé un día con la indiferencia propia de la infancia que aun no sabe soñar..., no os he olvidado, y quiero dedicaros un recuerdo, decir os un adiós; que a pesar de que una esperanza renace luminosa en el fondo de mi alma, tal vez la suerte no me depare volver a contemplaros...; pero dejadme que, con el corazón repleto de cálidos sentimientos, viva unos instantes deliciosos en medio de los vergeles levantinos; dejadme que, cual una hermosa valenciana ataviada con las típicas galas de su vestuario espumoso y reluciente, salga de la grata soledad de mi linda barraca a aspirar los aromas deliciosos que me brindan las campiñas con su exuberante y florida vegetación...; las flores son mi alfombra..., hermosos y exóticos matices...; aquí los plátanos con sus frutos de oro; el pino severo; los soberbios girasoles; rosales silvestres de pétalos ardientes; acacias olorosas; campanillas, manzanillas, malvas, violetas, florecitas tímidas que formáis

el ornato sutil y delicado de nuestras clásicas huertas...; esbeltas palmeras que parecen robadas a los bosques africanos y de cuyos flotantes arcos, como bien dice un himno «penden racimos de oro»...

El río cruza y en su corriente arrastra murmullos misteriosos; del fondo de sus aguas verdosas brota un rumor soñoliento de extrañas melodías de cadencias morunas...

Arrobada y absorta ante tanta belleza; momentáneamente perdida en las neblinas de mis recuerdos, me he alejado inconscientemente de mi barraquita blanca...; la diviso, a lo lejos, rodeada de naranjos en flor, que semejan novias ataviadas para regios esponsales...

¡Adiós, barracas mías! Sois para mí como unas bellas hadas, que un día, con la varita mágica de vuestros encantos, me hicisteis feliz... ¡Qué grato y dulce me es vuestro recuerdo!...

MARUJA.
Zaragoza.

Flores.

(A una amiga.)

Margarita que deshojan,
tus manos como la nieve;
flor que sin hojas se queda
y siempre perfume tiene.

.....
Un lirio blanco parece
tu cara de virgencita;
y los claveles muy rojos
tus labios de muñequita.

.....
Se troncharon todas flores,
se las llevó la borrasca;
miré, y aun estabas tú:
la flor mejor de tu casa.

.....
Contigo no pudo el viento,
ni el sol te pudo secar,
ni el hombre, con ser tan fuerte,
tu vida pudo truncar.

AURORA.

Hijar, 9 Setiembre, 1915.

Primeras armas.

Nada hay tan atrevido como la ignorancia, y prueba de ello es que nos vemos hoy con la pluma en la mano.

Ha llegado a nuestras manos en este rincón de la Alcarria donde veraneamos el primer número de MUJER. Lo hemos hojeado, primero, con cierto recelo. ¡Son tantas y tantas las revistas creadas para la mujer, y son tan pocas las que llenan todas nuestras aspiraciones!

Por lo pronto, los modelos de vestidos nos agradaron; eran originales, poco manoseados. De las dos novelas empezadas a publicar, una de ellas es una buena «amiga» nuestra, muy femenina, muy amena. La hemos leído varias veces en francés y siempre nos ha sabido a nueva. Ahora vamos a conocerla en español y nos prometemos ratos deliciosos; pero lo que nos ha conmovido, lo que nos ha llegado al alma, ha sido el generoso llamamiento que hace MUJER a todas sus lectoras para que escribamos todas, sobre todo aquellas que no lo hemos hecho nunca para el público, que ocultamos como un pecado lo que escribimos en un momento de romanticismo, y que, pasado algún tiempo, tiramos al cesto de los papeles con una sonrisita entre compasiva y burlona, sin darnos quizás cuenta que aquello que tiramos lo hemos escrito muchas veces con el corazón.

Sigüenza, Setiembre 1925.

DINA LODY.

En tu álbum.

Para mi querida amiga Visitación González.

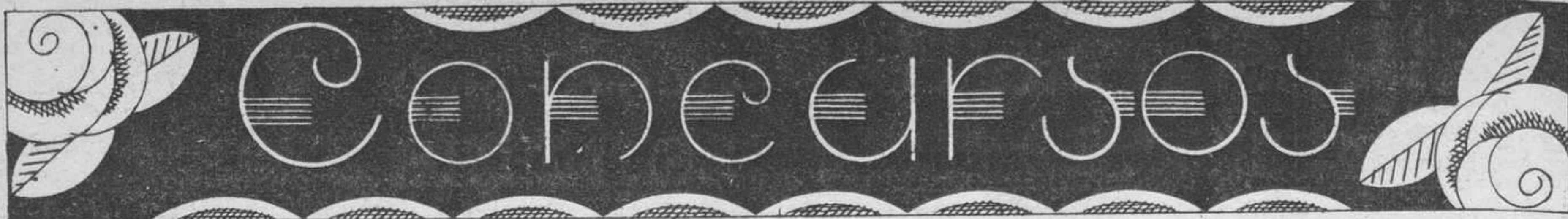
Tocaste aquella romanza,
y con inmensa añoranza
la oí yo.
Era la noche callada,
y la luna plateada
apareció.

¡Con qué emoción te escuchaba!
Todo mi ser te admiraba
con fervor.
Me gustó tu misticismo,
tu ideal romanticismo
y tu candor.

.....
Estaba a obscuras la estancia,
y del jardín la fragancia
me embriagó.
Me acerqué a ti, y con dulzura,
mi boca, en tu frente pura,
te besó.

.....
Muchos años han pasado;
mas no creas te ha olvidado
mi corazón.
El beso aquel tan sagrado
lo llevo en mi alma guardado.
¡Visitación...!

ANA MARIA MARTINEZ-SAGI.



LO PASADO :-: LO PRESENTE :-: LO FUTURO

I Un buen recuerdo: El día en que, siendo yo muy pequeña, me saludó, «para mí solita», nuestro Rey Alfonso XIII.

Un mal recuerdo: El día en que besé por última vez la frente de mi padre.

II Mis preferencias: Música, luz, alegría; los libros, el mar, los perros, las flores y los bombones.

Mis antipatías: Abd-el-Krim ante todo; y después, los niños afeinados que de todo tienen menos de hombres, y que abundan tanto, por desgracia, que yo creo que son la plaga de la sociedad moderna.

III Un deseo: Tener unos hijos muy bonitos y que me adoren como yo a ellos.

Un temor: Que algún día me quiten para siempre lo que más quiero y lo que más querré: mi madre y mis hijos.

NENA ANDALUZA.

I Un bueno y un mal recuerdo: Mi primera Comunión. Perder a mi madre.

II Mis preferencias y antipatías: Amar a Dios. La vejez prematura.

III Un deseo y un temor: Casarme y que mi esposo no sea católico.

SEÑORITA NÓCOEH.
Huelva.

I Un buen recuerdo: Cuando el farmacéutico me tendió el ticket y vi que había llegado a pesar lo que deseaba: 45 kilos. ¡Hay que conservar la línea!

Un mal recuerdo: Cuando, al parar bruscamente un tranvía, se me cayó encima un señor de 100 kilos y creí que me hacía papilla.

II Mis preferencias: La gente ligera y esbelta.
Mis antipatías: Los gordos.

III Un deseo: Llegar a los 43 kilos.

Un temor: Las paradas bruscas de los tranvías y los derrumbamientos de tierra.

QUIRICO.

I. Un buen y un mal recuerdo: Los dos tuvieron su origen en el mismo día: éste, cuando por primera vez me presenté delante de un público que había de juzgarme. La emoción que sentí me hizo pasar un rato tan malo, que estuve a punto de retirarme. ¡Con qué agrado recibí, un poco más tarde, las frases de admiración y los aplausos de aquella gente que supo apreciar los esfuerzos por mí realizados para conseguirlos! ¡Este es el recuerdo más grato de mi vida!

II. Mis preferencias: El arte, y, en sumo grado, la música, por creerla relacionada con todo lo que de ideal y espiritual hay en la vida.

Mis antipatías: Lo prosaico y lo material. Detesto al que vive para este fin, sin ilusiones; al que no sabe participar de los sentimientos sublimes de las almas grandes. Lo juzgo tan inútil, que no lo creo merecedor de la pena de vivir.

III. Un deseo: Querer, querer siempre, tanto, como nadie supo hasta hoy.

La mayor ilusión de mi vida es llevar el amor hasta los límites de lo imposible.

Un temor: No ser comprendida.

MISS ATINYFF.

I. Guardo buen recuerdo de un beso de despedida amistosa. Por él conocí la verdadera emoción de un ¡Adiós!, —y un mal recuerdo—, porque *por él aprendí a llorar, riendo*.

II. Mis preferencias, hoy en día, son: agrandar, procurar resultar agradable a todo el que me trata.

Detesto a aquellas personas que no saben hablar sin tener que criticar.

III. Encontrar mi felicidad, procurando hacer felices a los que me rodean, es mi mayor deseo. —Y mi temor *¡llegar a poder aburrirme!*

CONDESA DE MATTES.
Alicante.

I. Un buen recuerdo: La primera vez que vi el mar.

Un mal recuerdo: Cuando salí de mi patria.

II. Mis preferencias: Las flores, los buenos libros y la buena música.

Mis antipatías: Las flores de trapo, la mala literatura y el jazz-band.

III. Un deseo: Ser eternamente joven... en el corazón.

Un temor: Perder las ilusiones.

MIMÍ.

Madrid.

¿QUÉ ES FLIRTEO?

Flirtear es volar alrededor del fuego sin quemarse las alas.

MARY SOL

A mi entender, unión de dos corazones con derecho a hacer cada uno lo que le dá la gana, y en el que entran todas las fases del amor, sin llegar a entenderse en claro.

CONDESA DE MATTES
Alicante.

La manifestación más gráfica de la imbecilidad moderna de «ellos» y «ellas».

Únicamente en un siglo de «singeries» y de imitaciones Codorniú de la vida extranjera, con todas sus consecuencias, se puede creer que sea preciso emplear esa palabra (cuyo origen inglés dista mucho de la aplicación que se le ha dado), para denominar con ella el descoco de las damitas y la frivolidad de los niños «bien».

Españolamente se quiere o no se quiere, y ese preludio en castellano no se llama así.

Conste, sin embargo, que no anatematizo, el «cupideo», distracción muy 1925 y que «se lleva» mucho.

RAMAYHANA

Por flirteo, entiendo yo jugar con fuego: un juego capaz de satisfacer solamente a las que no son amadas de veras o a las que no han querido nunca. Puede ser diversión entretenida para cabezas huecas, y es, a mi entender, como eso de *tmarse*: indigno de mujeres que se precien de tales. En cuanto a confundirlo con el amor, como hacen algunos..., es confundir una pastilla de goma, con un *fondant*.

Tiene, además, el inconveniente, de que, en ocasiones, puede llegar a hacer sangrar nuestro corazón. Para los niños y niñas ultramodernos lo encuentro imprescindible: ¡pobrecitos! ni su cabeza, ni su corazón dan para más.

Pero vosotras, verdaderas mujeres españolas, sed más ambiciosas y levantad cuanto podáis vuestra alma y vuestro espíritu.

UNA ANDALUZA.

Flirteo, unas veces es... ilusión ¿por qué?, pues..., porque ilusión es la promesa no cumplida aún; es el beso que no diste, ni recibiste; es la palabra dicha con ese qué se yo; pero que a mí se me antoja que tiene doble sentido; es una carta prometida... que aún no llega; es... el alma que se sale por los ojos y nunca acierta a decir lo que más desea; es la expresión más torpe a veces, y la más elocuente otras.

A veces es también hipocresía o falsedad, porque con los ojos prometes lo que no piensas cumplir y con tus dichos o hechos engañas a tu víctima, si es que ella, a su vez, no se ha propuesto hacer contigo lo propio, en cuyo caso alégrate de tener tanto talento y tan buena vista...

Otras veces es lo más cursi que en el mundo existe, porque si cursi es querer y no poder, flirtear, en muchas ocasiones, no es más que un conjunto de deseos irrealizables por una u otra causa.

MI-FA-DO.

PASATIEMPOS

Gran Concurso de PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS

PREMIOS

por
Pesetas **1.000** en
metálico.

- 1.º =500 pts.=500 pts.
2.º =200 pts.=200 pts.
3.º =100 pts.=100 pts.
4.º a 7.º = 25 pts.=100 pts.
8.º a 17.º =10 pts.=100 pts.

Total 1.000 pts.









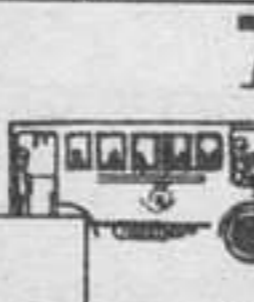





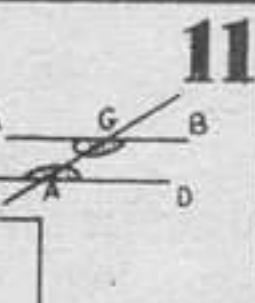






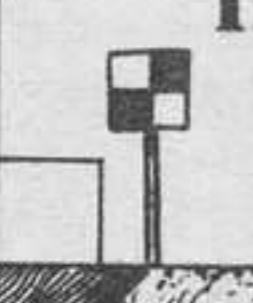















El entretenido pasatiempo de las PALABRAS CRUZADAS, difundido por el mundo entero con inusitada rapidez y éxito sin igual, consiste en una figura (rectangular o no) hecha con cuadrados blancos y negros. Los blancos corresponden a letras que forman palabras. Los negros son puntos de división entre unas y otras palabras. Hasta ahora se daba como orientación para buscar las palabras una alusión a su significado, hecha no sólo con deliberada vaguedad, sino con propósito de despistar o dificultar la solución. Decíase, por ejemplo: «Se usa para pescar», y la palabra resultaba ser MANO, que, en efecto, se usa para pescar, y también para dar enérgicos pufetazos... Por primera vez en España damos nosotros las PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS. En ellas cada cuadrado contiene un dibujo representando un objeto cuya primera letra corresponde con la del cuadrado mismo. Así, en el primer cuadrado superior izquierdo del primer problema publicado hoy, el cuadrado contiene una Retorta; la letra del cuadrado es R. Trátase, pues, de adivinar qué representan los dibujos contenidos en los cuadrados y de ir colocando las letras correspondientes en los cuadraditos en blanco colocados a la izquierda de cada cuadrado.

Las letras deben formar palabras no sólo en sentido horizontal, sino en el vertical también.

Las palabras empiezan siempre en un cuadrado de esquina o desde un cuadrado numerado. Terminan siempre en un cuadrado de esquina o en un cuadrado negro. Nunca una palabra continúa de una línea a otra.

Ejemplos: En el pasatiempo de hoy la primera palabra horizontal empieza en el primer cuadrado de la primera línea (esquina) y termina en el último de la misma. La segunda horizontal empieza y termina en el primer cuadrado de la segunda línea, puesto que es un cuadrado de esquina y tiene a su derecha un cuadrado

Problema número 8

 1		 2	 3	 4	 5	 6
		 7	T U Y Y O			
O	 8	 9			 10	 11
H ₂ O		 L	 13	 14		 19
			 15	PEPE		
 16		 17	90	 18		
		 20	ORIENTE			
 21		 R				
						

negro. La primera palabra vertical empieza en el cuadrado numerado 1 y termina en el último cuadrado (esquina) de la misma línea vertical (el que lleva el número 25). Sólo van sin número aquellos cuadrados que encierran en sí toda la palabra, como el primero de la segunda línea horizontal y el primero de la séptima. Para facilitar la solución, se indica en algunos cuadrados la letra que les corresponde.

Condiciones del Concurso

1.º Consta de catorce problemas que se publicarán simultánea y semanalmente en MUJER y en CHIRIBITAS, revistas ambas de la Editorial «Saturnino Calleja», S. A. El Concurso es único para las dos revistas, pero basta con ser lector de una de ellas para poder tomar parte en él. El mismo problema se publicará los miércoles en MUJER y los sábados en CHIRIBITAS.

2.º La solución de cada problema se escribirá en los cuadrillos blancos

que hay para ese objeto a la izquierda de cada cuadro grande.

3.º Las catorce soluciones se enviarán juntas al final del Concurso. Las que se envíen sueltas serán desechadas.

4.º Cada lector podrá enviar una o varias series de soluciones a los catorce problemas si encuentra varias que se ajusten exacta o aproximadamente a los dibujos publicados. Si envía varias lo hará en sobres separados.

5.º Un concursante no podrá obtener más de un premio.

6.º Las soluciones se nabrán de escribir con claridad y precisamente sobre el dibujo recordado de una de las dos revistas MUJER o CHIRIBITAS. Las que se reciban confusas o hechas sobre calcos, etc., serán desechadas.

7.º Los premios serán adjudicados en todo caso; si nadie envía soluciones completamente exactas, los premios serán—por su orden—para aquellos cuyas soluciones se aproximen—por su orden también—a la exactitud.

En cambio, si hubiese varios concursantes que enviaran todas las soluciones exactas o con igual aproximación, el premio se dividirá o se sorteará, según lo que, a juicio del Jurado, proceda, en vista de la cantidad y circunstancias de los concursantes cuyas soluciones coincidan.

8.º Los nombres de los premiados se publicarán en MUJER y en CHIRIBITAS tan pronto como se hayan podido clasificar las soluciones recibidas.

9.º El plazo para enviar las soluciones caducará dos meses después de publicado el último problema.

10.º No se mantendrá correspondencia acerca de este Concurso. Tomar parte en él supone someterse a sus condiciones y renunciar a toda posible reclamación.

11.º Ningún redactor de CHIRIBITAS ni de MUJER, ningún empleado de la Editorial «Saturnino Calleja» podrán ser premiados en este Concurso.

Por un error de confección fueron suprimidas las explicaciones de algunos pasatiempos del número 6 de esta Revista. En este número volvemos a insertar aquellos pasatiempos con sus explicaciones correspondientes.

COMPOSICIÓN EN CIFRA

Y	A	X	J	E	F	≪
J	M	H	E	+	A	X
X	+	H	F	≪	A	J
≪	F	X	V	A	A	J
Y	H	A	V	A	F	J
J	A	Z	X	≪	≪	+

Sustitúyanse los signos por letras, teniendo en cuenta que cada signo igual representa siempre la misma letra, y léase en cada línea horizontal el nombre de una población europea muy conocida.

LOCUCIÓN

Los pescadores salen al mar. Interrogan al cielo con la mirada inquieta.

¿Volverán todos? Y si vuelven, vendrán cansados de cuerpo y alma, después de un día de fatigosos trabajos, sin haber apresado nada en sus redes.

Se trata de ir tomando letras de esta frase, por el mismo orden en que están, y formar con ellas otra frase (refrán, adagio, sentencia, consejo, etc., etc.). Será la mejor solución la más correcta o más ingeniosa, y en igualdad de casos la que utilice mayor número de letras.

JEROGLÍFICOS

O	C	E	A	N	O
O	C	E	A	N	O
O	C	E	A	N	O
FALTAN DOS LETRAS					

D	A				
Z	A	F	I	R	O
SOBRA UNA SÍLABA					



En esta sección, MUJER contesta a cuantas preguntas le hagan sus lectoras el honor de dirigirse respecto a la moda, el hogar, los cuidados de la belleza, la pedagogía, la cocina, la puricultura, así como la vida cultural, sentimental, etcétera, etcétera. Estas consultas deben dirigirse por carta a **Carmen de Avila, Redacción de MUJER, Revista del Mundo y de la Moda. Apartado 447, Madrid.** Se contesta por riguroso orden de recepción.

PLUMA AL VIENTO.—Llene usted un frasco hasta la mitad, de glicerina; añada luego, por partes iguales, zumo de limón, agua de rosas y agua oxigenada; por último, añada unas gotas de tintura de benjuí. Agítelo antes de usarlo. Yo le aseguro que ninguna agua de belleza es más inofensiva ni más eficaz que ésta para suavizar y blanquear las manos. Puede dársela antes de acostarse, poniéndose luego guantes de piel viejos y holgados. También puede dársela de día, empolvándose luego las manos con finos polvos color *rachel* claro; el efecto es precioso y completamente natural.

R. DE M.—Eso proviene, sin ningún género de dudas, de las malas digestiones, y los únicos remedios han de ser internos y recetados por el médico.

MADAMITA RECAMIER.—Precisamente la crónica de Martine Renier del último número trataba de lo que usted desea saber; léala y hallará solución a sus perplejidades.

CORDON BLEU.—También están riquísimos los huevos cocidos, cortados en finas rajadas—hay para esto utensilios de aluminio muy prácticos y nada costosos—y cubiertos luego de salsa *béchamel* o mayonesa. En el libro en dos tomos «La cocina», de Isabel Gallardo de Alvarez, encontrará usted nada menos que *noventa y ocho* maneras distintas de prepararlos.

MARÍA TERESA.—No; las señas solamente. Blanco, ligeramente ocre, o azulado, me parece lo más distinguido.

FRANCISQUITA.—Agua de berros en la que han macerado pétalos de rosa.

J. DE R.—Completamente imposible, en efecto.

VIOLETA DE PARMA.—Con zaragatona; es un fijador excelente... y barato.

UNA DESCONSOLADA.—Con mucho gusto publicaremos sus respuestas a nuestro concurso; ahora que... ¿no podría sustituir las «preferencias» que nos indica por otras más... comprensibles? Muy de veras se lo agradeceríamos y esperamos su contestación para publicar su envío.

CLOTILDE PAREDES SAAVEDRA.—Con todo corazón le agradecemos la espontaneidad de sus elogios; nuestro mayor deseo es seguir mercediéndolos.

SENSITIVA.—No; pintura, ninguna; además de feo, sería contraproducente; los remedios a este mal han de ser más bien internos; por de pronto, no pruebe usted ninguna clase de alcoholes, así como tampoco mostaza, salsa inglesa y demás cosas perjudiciales para la sangre; tome a menudo purgantes ligeros y refrescantes. Como remedios locales le aconsejo fomentos tibios frecuentes, y como artificios, únicamente una buena crema de belleza, que extenderá usted frotando ligeramente con un poco de algodón antes de darse los polvos; éstos deben ser color *rachel*, o morunos, según si es usted rubia o morena; en ningún caso blancos.

VIOLETAS IMPERIALES.—Yo le daré gustosa la indicación que me pide, pues existen, en efecto, tintes excelentes; pero se la daré directamente, si me dice su nombre y sus señas; me es imposible nombrar ningún producto comercial en esta sección, que está en absoluto exenta de publicidad. Ahora que si usted desea mi opinión sincera, le diré que si las medias son de buena calidad y color delicado es una lástima teñirlas.



En esta sección, las lectoras de MUJER corresponden entre sí; publicamos cuantas indicaciones se nos envían, firmadas con seudónimo, con iniciales o con el nombre.

PARA ANITA.—Si por medio de esta simpática revista quieres decirme tu nombre y dirección, tendré sumo placer en enviarte muy en breve un ejemplar del tango «La piva», que como a ti me encanta y que te ruego aceptes como recuerdo de una amiguita incógnita.—*Figurita de Tanagra.*

AMIGA DESCONOCIDA.—Una tarde de la semana última nos reunimos varias jóvenes en casa de Fulanita, para bailar. Mi pareja, un muchacho gallardo, de ojos muy bonitos y hablar suave, me dijo apenas me vió:

—Es usted, señorita, una segunda Ninón.

Yo me ruboricé como jamás hija de Eva se ha ruborizado, bajé la vista y me mordí los labios. Cuando alcé los ojos, mi compañero estaba riéndose de mi simpleza.

Desde entonces, siempre que nos encontramos se ríe; yo miro a otro lado y mi rostro se pone más encarnado que la grana.

¡Por favor!, dame un consejo para no ruborizarme, o de lo contrario no salgo más de casa.—*Copa.*

¿Hay alguna mujer que pueda decirme por qué he tenido siempre miedo a las mujeres, por qué les tengo miedo y por qué temo que las temeré toda la vida?

¿Por qué siendo los hombres hijos de mujer son tan peligrosos para nosotras y tan injustos?

Dejo aparte en mis preguntas las excepciones, porque, desgraciadamente, por serlo no significan nada.

Una de vuestro sexo que os teme tanto como a los hombres.—*Palomita sin hiel.*

UNA MUJER MUJER.—Casi completamente de acuerdo, querida; y digo casi, porque se le olvidó consignar una cosa que nos falta y que no tiene nada que ver con el «marimachismo» imperante: la suficiente cultura física e intelectual que se precisa: 1.º, para ga-

narse la vida ampliamente sin que el matrimonio sea un recurso, sino una vocación; 2.º, para crear y educar hijos, hombres nuevos, inteligentes y sanos; 3.º, para retener la atención y cariño del compañero el mayor número posible de años.—*Ramayhana.*

LUISA R.—Le aconsejo que aprenda a hablar con letras de mano. ¿Y quiere contestarme a la vez si sabe de algún remedio para evitar el crecimiento de las uñas?

Segura servidora afectísima, y gracias anticipadas de su ya amiga.—*Mariposa de colores claros y de transparentes y vaporosas alas.*

CLARA TIMIDEZ.—Yo te escuché, Clarita; yo te escuché y te compadecí, porque hoy el mundo es de los audaces.

¿Quieres que ese hombre se percate de que le quieres? Pues bien: díselo, Clara..., clara y sencillamente, pero por teléfono. ¿Que ves que lo toma en serio? Déjale que después te pida explicación cara a cara. Y si lo toma a chacota, entonces..., entonces, cuelga el auricular y creará que es una broma que le gasta otra amiga.

De todas formas, él se entera. Son las ventajas que nos reporta el progreso.—*Roxana.*

TERESA ARAGÓN.—¡Ah, mi amiga! No creo que exista ningún procedimiento. La mujer no tiene más arma para combatir el descoco que el pudor.

A mayor relajación de costumbres, mayor pudor. Y así cada uno quedará en el lugar que le corresponde.—*Flux.*

UNA MADRE TEMEROSA.—Para hacer ver a tus hijas lo ficticio del mundo en que viven, déjalas que sufran un desengaño, y estáte alerta para restañar, amorosa, la herida. En la convalecencia ya pensarán de otra forma. La vida les habrá enseñado sus agudos y afilados dientes.—*Otra que tal.*

UN LIBRO ADMIRABLE

COLECCIÓN

DE CUATROCIENTAS CUARENTA Y NUEVE REPRODUCCIONES DE

CUADROS, DIBUJOS Y AGUAFUERTES

DE

DON FRANCISCO DE GOYA

PRECEDIDOS DE UN EPISTOLARIO DEL GRAN PINTOR Y DE LAS NOTICIAS BIOGRÁFICAS PUBLICADAS POR D. Francisco Zapater y Gómez EN 1860

LA PINTURA ESPAÑOLA es la más alta contribución de nuestro país al Arte universal. Greco, Velázquez, Mora es, Zurbarán, Ribera, Pantoja, Murillo, Coello y tantos otros nombres inmortales, son glorias que a la Humanidad ha dado el suelo español. Entre todos, con luz propia y luz singular, se destaca el genialísimo aragonés Don Francisco de Goya. Su personalidad crece sin cesar a lo ancho del concepto popular y a lo profundo de la estimación técnica. Goya es cada día más estudiado, más y mejor enaltecido. Su bibliografía, incesante y creciente.

No ofrecemos en este libro la figura de Goya a través del criterio particular de tal catedrático eminente o de tal crítico profesional. Ofrecemos, si se nos permite la expresión, a Goya mismo; así pintaba; y presentamos cerca de quinientas reproducciones de su

obra inmensa; así vivía; y damos su biografía más fidedigna; así era; y damos un epistolario en el que palpita con toda la pujanza original y atractiva de su temperamento irresistible.

Pretendemos, pues, que nuestro libro es el más goyesco de los libros sobre Goya, el más auténtico y directamente goyesco. Los diversos lectores obtendrán, por ventura, interpretaciones diversas de Goya; pero serán suyas: derivadas, sin intermediario, del mismo cauce original.

Tipográficamente, el libro es obra admirable que sólo por dicho aspecto se recomendaría. Impreso por procedimientos hasta ahora desconocidos en España, el libro resulta un álbum bellísimo, en el que los cuadros de Goya destacan perfectamente sus valores.

UN TOMO de 485 páginas, impreso en **estampa fototípica** sobre magnífico papel **couché mate**. Encuadernación en antilope fino con planchas de bronce grabadas a mano, según dibujo original, protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente.

50 PESETAS

JUAN DE LA ENCINA

LOS MAESTROS DEL ARTE MODERNO

ESTUDIO Y REPRODUCCIONES (EN MAGNÍFICAS LÁMINAS FUERA DE TEXTO) DE LAS OBRAS DE

INGRES, COROT, DELACROIX, COURBET, PUVIS DE CHAVANNES, MEUNIER, MANET, ROPS, DEGAS, WHISTLER, FANTIN LATOUR, RODIN, ODILON REDON, MONET, PISSARRO, SISLEY, RENOIR, CÉZANNE, GAUGUIN, CARRIÈRE, VAN GOGH, TOULOUSE LAUTREC

Conocida y bien fundada la reputación del ilustre crítico de Arte JUAN DE LA ENCINA, no hay que encomiar el interés de este libro, en el que, con su claro y agudo juicio, describe la obra de los grandes precursores, cuya estela encontramos en cada manifestación del Arte contemporáneo.

UN TOMO DE 150 PÁGINAS, CON 45 LÁMINAS EN PAPEL COUCHÉ

EN RÚSTICA, **12 PESETAS**. EN TELA, **14,50 PESETAS**

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447. — MADRID

BIBLIOTECA A U R E A

COLECCIÓN LITERARIA DE LA FAMILIA

LA MÁS SELECTA :: LA MÁS LUJOSA :: LA MÁS BARATA



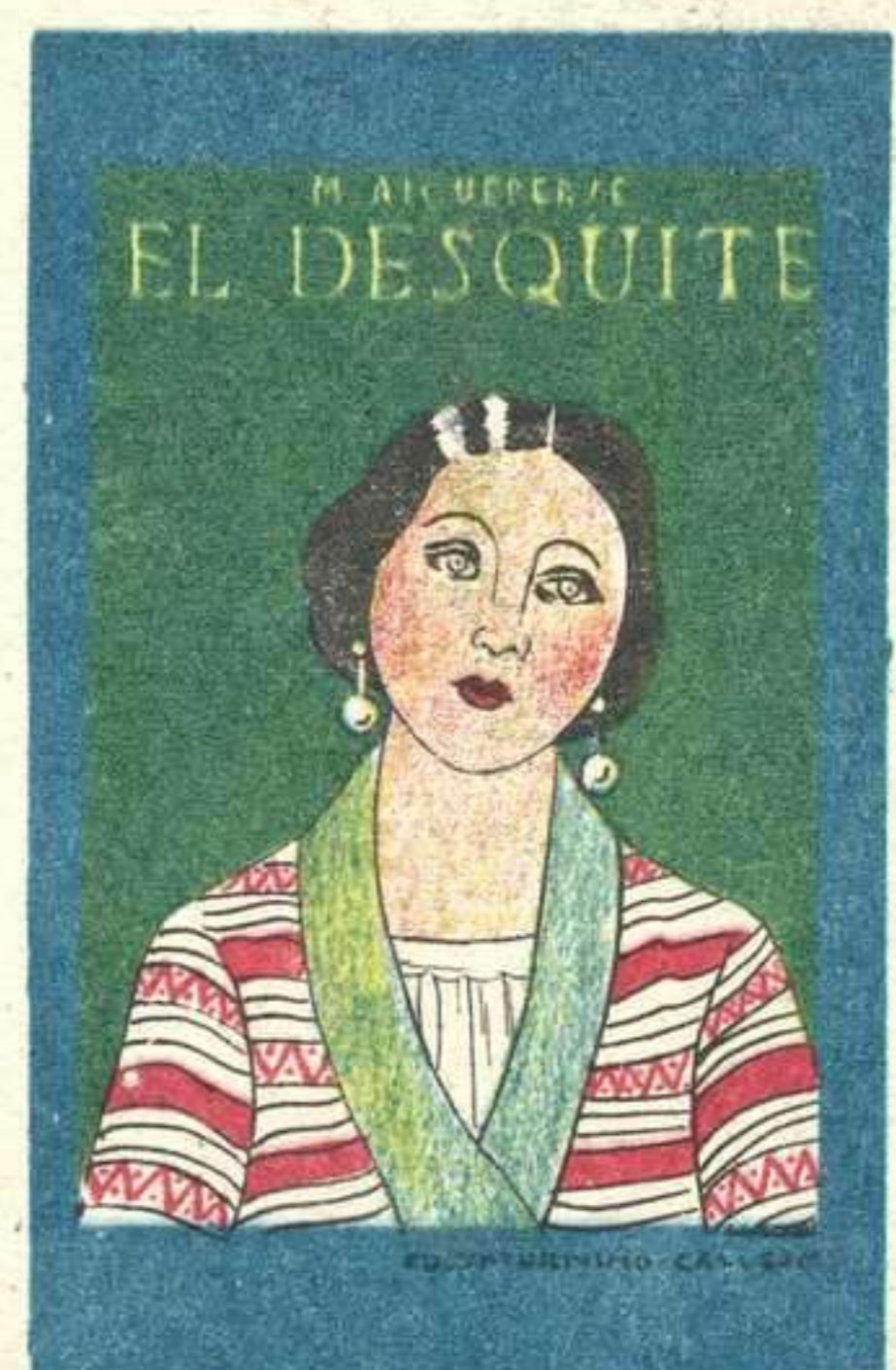
TOMOS DE 400 O MÁS PÁGINAS, CON DOBLE CUBIERTA Y UN DIBUJO A TODO COLOR DE LOS MEJORES DIBUJANTES

TÍTULOS PUBLICADOS

M. Maryan. *Caminos de amor.*
— *Amor atormentado.*
— *Orgullo de casta.*

M. Thiery. *La flor venenosa.*
J. de Coulomb. *La cruz luminosa.*
M. Aigueperse. *El desquite.*

CADA TOMO
3,50 pesetas.



EN P R E N S A
NUEVA EDICIÓN DE

J. de Coulomb. *Feminismo.*
E. Marlitt. *La segunda mujer.*
M. Aigueperse. *Las fases de una vida.*
M. Maryan. *La novela de una heredera.*

V. Monnot. *Rafaela de Mercans.*
— *El diario de Margarita.*
— *Margarita a los veinte años.*

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A., Apartado 447.—MADRID